

LA CHICA DE OTRO MUNDO

CLARK CARRADOS

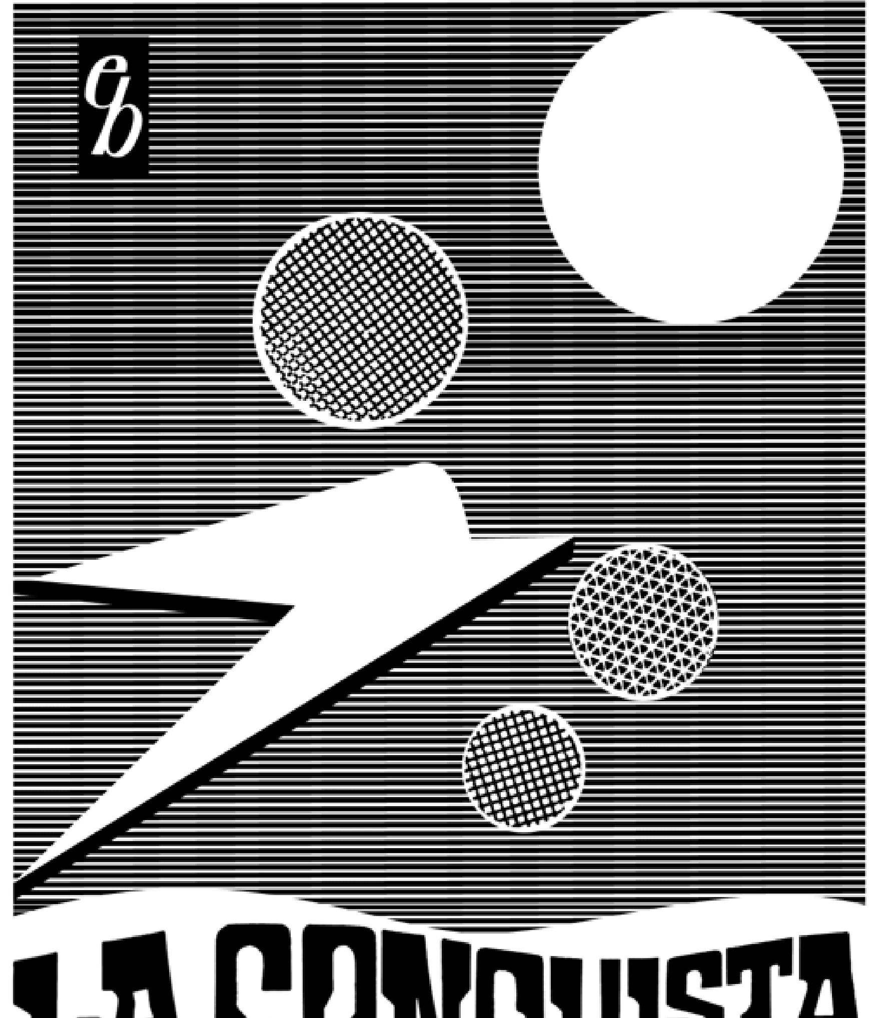
CIENCIA FICCION



LA CHICA DE OTRO MUNDO

CLARK CARRAD

CIENCIA FICCIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

339 — Atacados en el espacio — *Alf Regaldie*
340 — Ciudad Omega — *Curtis Garland*
341 — Micromuerte — *Burton Hare*
342 — En el infierno marciano — *A. Thorkent*
343 — El regreso de los muertos — *Ray Lester*

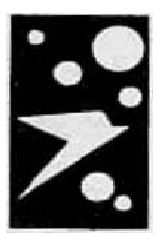
CLARK CARRADOS

LA CHICA DE OTRO MUNDO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 344

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B. 25.208 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1977

© **Clark Carrados** - 1977
texto
© **Miguel García** - 1977
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El siglo XX estaba a punto de finalizar y, sin embargo, Bill Bane tenía algo que solía encantar a muchas personas, precisamente porque era antiguo.

Bane era capitán y propietario de una goleta de dos palos, de casco muy fino y alargado, capaz, con buen viento, de conseguir veinte nudos a la hora. La *Golden Mermaid* (Sirena Dorada) poseía el encanto suficiente para que Nell Liddman, la rica heredera, se la hubiese alquilado para un crucero de cuatro semanas por los Mares del Sur.

A bordo de la embarcación, aparte de su capitán y propietario, viajaban los cinco miembros de la tripulación, todos ellos «chamorros», nativos de la isla de Guam, viejos y buenos amigos de Bane. Extrañamente, Nell había ido sola, sin ningún acompañante, a excepción de una muchacha hawaiana que era su doncella particular. Moana era el nombre de la doncella.

Por tanto, sólo había ocho personas a bordo de la *Golden Mermaid*. Bane sabía que los Liddman, inmensamente ricos, poseían un par de yates, a cual más lujoso, pero Nell había preferido hacer aquel crucero en su vieja, pero bien cuidada goleta.

A Bane le gustaba estar bien informado. Nell había sufrido uno de sus múltiples fracasos amorosos y necesitaba algunas semanas de soledad. En uno de sus yates no lo habría conseguido; aparte de Moana, todos los demás le resultaban perfectamente desconocidos.

Nell tenía en su haber un montón de amoríos y dos divorcios. El dinero, excesivo dinero, en opinión de Bane, era el causante de su infelicidad. Pero a Bane le iba a venir muy bien la suma que Nell había pagado por el crucero. Últimamente, sus finanzas no eran demasiado boyantes y ahora pensaba cancelar todas sus deudas. Después...

Bane era un hombre joven, unos treinta y dos años, fuerte, con el rostro tostado por el sol y la brisa marina. Usaba barba corta, de color castaño oscuro, y salvo una vieja gorra de marino, no solía llevar otras insignias. Una camisa y unos pantalones cortos componían su indumentaria la mayor parte del tiempo.

La goleta, por supuesto, tenía radio. A Bane le convenía estar al tanto de la información sobre el tiempo. Periódicamente, conectaba el aparato para escuchar los informes de la estación meteorológica de Agaña, la capital de Guam.

Durante largos días, habían recorrido, sin prisas, las islas situadas al sur de Guam y pertenecientes al grupo de las Carolinas: Yap, Truk, Wake, las Kwajalein, con sus arrecifes coralíferos y los maravillosos

atolones que surgían casi por todas partes. Nell, apreciaba Bane, empezaba a mejorar.

Ahora, lentamente, regresaban a Guam. Bane pagaría una gratificación extra a sus tripulantes, liquidaría sus deudas y, tras un período de descanso en tierra, volvería a hacerse a la mar. Ya le habían hablado de un grupo de cuatro personas que querían emprender otro crucero y no quería desaprovechar la ocasión.

Al atardecer del vigésimo segundo día de navegación, el Pacífico hacía honor a su nombre. El océano parecía una lámina de plata, que enrojecía allá donde el sol declinaba. Apenas si soplaba una leve brisa, que distendía muy ligeramente el velamen de la goleta. La temperatura era muy agradable.

Bane estaba situado en la popa, no lejos del timonel, que entonaba a media voz una vieja balada de origen español. Dick García, el segundo de a bordo y hombre de toda confianza, era un «chamorro» cuya bisabuela había tenido amoríos con un oficial de la armada española, cuando Guam era uno de los pocos restos del viejo Imperio hispánico. La raza nativa había predominado en Dick, pero el apellido todavía se conservaba.

Nell Liddman apareció de pronto. Era una joven alta, muy esbelta, de cabellos oscuros, de largas y bien torneadas piernas, que quedaban al descubierto por vestir unos pantalones cortos, muy ceñidos a unas caderas de ánfora. La blusa era poco más que un pedazo de tela que cubría el pecho, de firmes curvas. Con los últimos rayos del sol, Bane supo que aquel trozo de tejido era lo único que había entre sus ojos y la prieta carne femenina.

La joven se detuvo a su lado. Cortés, Bane le ofreció un sitio en el banco situado a popa. Nell no quiso sentarse y permaneció erguida, asida con la mano izquierda a una driza.

—Capitán —dijo de pronto.

—Sí, señorita Liddman —contestó Bane. En todo momento, el tratamiento entre ambos había sido estrictamente protocolario. Bane no sólo conocía la importancia de los Liddman, sino que, además, no sentía el menor deseo de buscarse un compromiso por intentar la conquista de una mujer, hermosa, pero también desdeñosa con personas que no pertenecían a su esfera social.

—Me gustaría decirle algo… aunque quizá no hay la suficiente confianza entre ambos…

—En lo que a mí respecta, puede hablar sin temor, señorita Liddman. No tengo nada que ocultar, se lo aseguro.

—Lo que yo quiero decirle es algo personal…, pero no querría que me contestase insinceramente, sólo por ser quien soy. ¿Me ha comprendido?

—Si pide respuestas sinceras, las tendrá —afirmó

Bane.

—Gracias. ¿Qué piensa de mí, capitán?

Bane dudó un momento. Ella notó la vacilación y sonrió.

—¿Lo ve? No quiere darme una respuesta sincera...

—Aguarde un momento. —Bane alzó la mano—. Es que estoy meditando, porque hay muchas respuestas sinceras a su pregunta. Usted es inmensamente rica.

—Lo admito.

—Tiene unos veinticuatro años...

—Veintiséis, no me adule, capitán,

—Dos divorcios, infinidad de romances y un amor frustrado.

—Es cierto,

—Los hombres la han decepcionado. Es usted una mujer de una pieza, físicamente hablando, por supuesto, pero con el inconveniente de haber nacido rica.

—La culpa no es mía, capitán.

—Quizá, en parte, la tenga de su comportamiento, una vez que rebasó la adolescencia. Necesita un hombre, lo busca, pero no lo encuentra. ¿Me equivoco?

Nell suspiró hondamente.

—Es verdad —reconoció—. Pero ¿qué buscan los hombres en mí?

—Dinero, dinero a montones. Luego se cansan.

—Soy guapa, usted lo ha dicho.

—Tal vez no ha dado a sus esposos lo que ellos querían...

Nell rio amargamente.

—Cada divorcio me ha costado lo que usted ha dicho: dinero a montones. Pero no he conseguido la felicidad.

—La felicidad no siempre se encuentra. A veces viene cuando menos se la espera —dijo Bane filosóficamente.

—¿Se ha casado usted alguna vez?

—¡Oh, no; estoy muy bien así!

—Pero algún día encontrará una mujer de su agrado, supongo.

Bane se encogió de hombros.

—No hay prisa —dijo.

—¿Cómo me encuentra usted, capitán? —preguntó.

—Hermosa, sumamente atractiva. Pero cada vez que la miro, veo en usted a una estatua de oro puro.

—Y eso... enfría sus ánimos.

Bane se dio cuenta de que la conversación tomaba ciertos derroteros nada convenientes.

—Usted es mi pasajera y yo el capitán del barco —dijo.

—El capitán de este barco, ¿no es un hombre?

Bane fingió examinar su reloj.

—Dispénseme, señorita Liddman —se excusó—. Dick, voy a

descansar un rato; luego te relevaré en el timón.

—Bien, capitán —respondió el timonel.

—Buenas noches, señorita.

Bane bajó a su cámara. Maldijo en su interior, mientras se servía una buena dosis de whisky. Sabía que el crucero no acabaría felizmente. Nell era una mujer insaciable.

—Lo raro es que, a su edad, sólo cuente con dos divorcios en su haber —masculló, mientras despachaba el vaso de un solo trago.

Pero no quería líos ni compromisos. Walter Liddman, el padre de Nell, era lo suficientemente poderoso para influir en las autoridades de Marina de Guam y conseguir que le retirasen su licencia para navegar. El *Guam Chronicle* contaba con un par de periodistas muy amigos de los chismorreos. Uno de ellos, por si fuese poco, era locutor de la radio local de Agaña. En Hawaii se escuchaban mucho sus comentarios. Y de allí, podían llegar a San Francisco...

—Menudo escándalo —se dijo, tendido ya sobre la litera, con la gorra sobre los ojos. Ya veía los titulares de los grandes diarios de la Costa Oeste de Estados Unidos: «Rica heredera en volcánico romance con un capitán de goleta mercante.» El señor Liddman pondría el grito en el cielo y...

—Está hablando solo, Bill.

Bane se quitó la gorra de los ojos. Nell había entrado en su cámara silenciosamente. La joven sonreía de un modo peculiar.

Se había cambiado de ropa. Ahora vestía una bata corta, una especie de kimono japonés, negro, con grandes flores de vivos colores. Bane tenía la seguridad de que debajo del kimono no había un solo gramo más de ropa.

—Salga de mi cámara —ordenó, ya sentado en la litera.

—He venido a que me invite a una copa —dijo ella.

—Señorita Liddman, de una vez por todas, no tengo el menor deseo de buscarme complicaciones. Oh, para usted es muy sencillo: le basta tirar de talonario de cheques. Pero hay cosas para las que no estoy en venta, ¿me ha comprendido?

Nell continuaba sonriendo.

—No voy a pagarle un solo centavo más de lo convenido, capitán. Pero cuando le fleté su goleta, lo hice, usted lo sabe, para olvidar un fracaso amoroso. Su tarea no está aún completa... Bill.

—De modo que cree que en el importe del flete entraban mis... servicios masculinos —dijo.

—¿Soy vieja, fea y gorda?

Bane volvió a maldecir. Sí, Nell era una mujer realmente hermosa, pero no tenía deseos de complicarse la vida.

—Lo que pasa es que para usted es algo nuevo el capitán de una goleta —dijo—. Lo encuentra romántico, adorable...

—¿Y no es así?

Nell avanzó dos pasos. Bane empezó a temblar.

«Soy un hombre y cederé, maldita sea», pensó.

De repente, se oyó un agudo grito en la cubierta:

—¡Capitán, al puente! ¡Hay algo extraño en la superficie del mar, a dos cables a estribor!

Bane cogió la ocasión por los pelos. Apartando a Nell con un brazo, se lanzó hacia la escalera que conducía a la cubierta. Los tripulantes se hallaban ya agolpados en la borda de estribor, haciendo comentarios del extraño objeto que se movía lentamente en las aguas plateadas.

Aquella cosa dejaba una estela fosforescente en su movimiento de aproximación al barco. En el primer momento, Bane pensó en la posibilidad de algún torpedo, lanzado por un submarino en ejercicios, pero muy pronto rectificó su primera impresión.

La velocidad de avance era relativamente lenta. Bane la calculó en diez o doce nudos a lo sumo. El objeto se dirigía en línea recta hacia la goleta.

De pronto, vio una luz en aquella cosa. Era más bien una fosforescencia de tonos verdosos, muy suaves, como los del cuadro de mandos de un avión. A los pocos momentos, Bane advirtió que la cosa tenía forma rectangular, con las esquinas redondeadas, y que se hallaba suspendida por un vástago metálico, que sobresalía cosa de dos metros del agua.

Parecía la pantalla de un televisor, pero no lo era, ya que no se divisaban imágenes en movimiento. De pronto, creyó comprender de qué se trataba.

—Un periscopio —murmuró.

¿Desde cuándo usaba la Armada periscopios con objetivos tan grandes como un televisor?, se preguntó.

El objeto, fuera lo que fuese, continuaba acercándose a la goleta, aunque cada vez con mayor lentitud. Dick, el segundo, había dejado el timón a uno de los tripulantes y tenía aprestado un fusil.

Bane extendió una mano.

—No dispares —dijo.

Nell se le acercó en aquel momento.

—Capitán, ¿qué es esa cosa? —preguntó.

—A mí me gustaría saberlo también —rezongó Bane.

Alguien les observaba a través de aquel extraño periscopio, que ya estaba a menos de diez metros de la goleta. Bane se preguntó si debía lanzar señales acústicas, para pedir la identificación a los tripulantes de la nave submarina.

El periscopio se acercó un poco más todavía. Súbitamente, dos largos tentáculos emergieron fuera del agua y ondularon

amenazadoramente hacia la goleta.

Sonaron algunos chillidos de terror. Antes de que pudiera hacer nada, Bane se sintió atrapado por uno de aquellos tentáculos y arrastrado irremisiblemente hacia el mar.

Forcejeó desesperadamente, pero no consiguió nada. El tentáculo, si bien le oprimía de modo que no podía librarse, no le causaba dolor en la cintura. A su lado, oyó los alaridos de una mujer.

Volvió la cabeza un instante. Nell perneaba frenéticamente, pero fue todo lo que pudo ver, porque, un segundo después, el tentáculo lo arrastraba bajo la superficie del océano. Bane era buen buceador y comprendió la conveniencia de retener el aliento lo más posible.

El instinto le hizo comprender que había sido capturado no precisamente para morir ahogado. Pero no se le alcanzaban los motivos de la captura.

El viaje bajo las aguas duró escasamente veinte segundos.

CAPÍTULO II

De pronto, Bane se encontró en una estancia. Algo expulsó el agua que había entrado con él. En unos pocos segundos se sintió en lugar seco.

A su lado, sonó la voz de Nell con trémolos histéricos:

—¡Capitán, capitán!

Bane se puso en pie. En el mismo instante, una luz difusa barrió las tinieblas. Bane divisó a la joven caída en el suelo de la prisión, sin una sola prenda de ropa encima.

—¡Estoy desnuda! —chilló Nell.

De buena gana, Bane se habría echado a reír, si no fuese por la preocupación que dominaba su ánimo. Nell estaba viva y eso era lo que importaba por el momento. Pero aún había cosas más importantes.

Examinó el interior de la prisión. Era una cámara de forma cúbica y unos tres metros de lado, con las paredes decoradas en tonos muy suaves. Tocó una de ellas y encontró cierta blandura, un leve recubrimiento acolchado sobre un mamparo de hierro, calculó.

Pero no había nada más, ni una silla, ni el menor objeto que les permitiese identificar el lugar al que habían sido llevados. Se preguntó qué seres misteriosos les habían capturado. La tensión internacional entre las grandes potencias tendía a decrecer a finales del siglo, pero no cabía descartar la posibilidad de un secuestro con fines políticos, aunque tampoco acababa de entender qué utilidad podía tener el secuestro para chinos o soviéticos. Por otra parte, presentía que había algo más que un simple rapto.

Tal vez querían pedir un importante rescate por Nell. Su padre pagaría una fortuna, pensó. Pero los secuestradores, en todo caso, no usarían un submarino. Y aun así, no había submarino en el que se desperdiciase tanto espacio. Nunca, en un sumergible, se mantendría una cámara completamente vacía.

—Capitán, estoy desnuda —se quejó Nell desde un rincón, acurrucada sobre sí misma.

—Bueno, no tiene por qué lamentarse. Creo que iba a desnudarse cuando sonaron los primeros gritos de alarma, ¿no es así?

—Déjese de bromas de mal gusto...

—Señorita Liddman, usted no fue a mi cámara para hablarme del tiempo o de los lirios del valle. Llevaba puesto un kimono y debajo no había más que lo que tengo a la vista.

—Sí, pero yo contaba con la oscuridad —respondió ella ingenuamente.

—No siempre me agrada apagar la luz. ¿Cómo perdió la bata?

—Cuando salió aquel tentáculo... primero agarró la prenda... Yo trataba de escapar, pero no lo conseguí. Me quedé desnuda y...

—Está bien, no siga quejándose. Voy a librarla de preocupaciones.

Bane se quitó la camisa, que lanzó hacia el rincón. Los pantalones siguieron el mismo camino. El quedó con un slip muy ceñido, de color oscuro. Luego, vuelto de espaldas, aguardó a que Nell se hubiese vestido.

—¿Dónde estamos? —preguntó la joven momentos después.

—Ah, eso es lo que me gustaría saber. Alguien nos ha secuestrado, es todo cuanto puedo decirle.

—Van a pedir dinero por mi rescate...

—Los secuestradores comunes no usan submarinos de técnica tan avanzada como el que nos ha capturado. Les hubiera bastado un yate corriente, veloz, con buenos motores y media docena de hombres con metralletas. Además, ¿para qué secuestrarme a mí? Yo no valgo ni la diezmillonésima parte que la hermosa hija de Walter Liddman. No, aquí se trata de otra cosa…, pero no tengo la menor idea de lo que pueda ser.

—Moriremos de hambre y de sed —gimoteó Nell.

—No se ponga dramática. Alguien vendrá a visitamos dentro de muy poco y nos explicará por qué estamos aquí.

De repente, un trozo de pared se hizo translúcido en una superficie rectangular de, aproximadamente, dos metros de largo por uno de alto. Una mujer, joven, muy bonita, apareció en lo que resultó ser una pantalla de televisión.

—Les rogamos dispensen las molestias que les hemos originado — dijo la joven, modulando lentamente las palabras—. Deseo que tengan en cuenta el hecho de que no pensamos causarles el menor daño. Sin embargo, deberán permanecer encerrados en esa cámara, hasta que llegue el momento.

Bane se quedó con la boca abierta. Aquella joven vestía un traje de una sola pieza, de un tejido que parecía hecho de escamas metálicas, que despedían suaves destellos irisados. El traje estaba muy ajustado a una escultural silueta, que no tenía nada que envidiar a la de Nell Liddman.

—¿Quién es... usted? —preguntó.

—Mi nombre es Teia —respondió la joven—. Lamentamos haberles traído a bordo de esta nave por un procedimiento tan violento y contra su voluntad, pero teníamos la seguridad de que no habrían accedido a nuestra petición. Por eso nos vimos obligados a secuestrarles.

—¿Es usted el comandante de esta nave?

—Sí. Estoy viendo que han perdido sus vestidos, al menos, la

mayor parte de ellos. Ahora les enviaré ropa...

—¡Espere! —gritó Bane—. Por favor, díganos dónde nos lleva.

—Ya lo sabrán.

La imagen se borró y el sector translúcido se confundió con el resto del mamparo. Segundos más tarde, se oyó un ligero chasquido.

Bajo la pantalla se abrió una especie de hueco, que despidió dos trajes al interior de la cámara. Bane cogió uno de ellos y vio que el tejido era extensible. Los trajes, pensó, se acomodaban por sí mismos a las distintas tallas corporales.

—Señorita Liddman, lo mejor será que se vista adecuadamente —aconsejó.

—Pero ¿qué quieren hacer con nosotros? —Nell tenía los nervios a punto de estallar—. Voy a morirme...

—Si se pone histérica, le daré un par de bofetadas. ¿No ha oído a esa chica que no piensan causarnos ningún daño?

—¡Pero es que yo quiero irme de aquí!

—Bueno, váyase.

Nell se quedó con la boca abierta. Tranquilamente, sin mostrar el menor empacho, Bane se puso el traje. Cuando estuvo vestido, hizo un par de flexiones.

—Me sienta como un guante —sonrió—. Vamos, vístase, me volveré otra vez de espaldas.

—Estamos en poder de los marcianos —dijo Nell casi llorando.

Bane frunció el ceño.

—Marcianos, no, pero...

Extraterrestres, pensó de inmediato. Gentes nacidas en algún remoto planeta, de cuya situación en el espacio no tenía la menor idea. ¿Cómo habían llegado a la Tierra? ¿A qué habían venido?

La pantalla se iluminó nuevamente.

—Ahora tendrán una visión del fondo submarino —dijo una voz, que salía de una boca invisible—. A la izquierda de la pantalla verán las cifras del manómetro y de la sonda batimétrica.

Un animal gigantesco desfiló por delante de la pantalla. Era un calamar, de más de diez metros de longitud, que movía perezosamente sus enormes tentáculos. Había peces fosforescentes, que nadaban en las inmediaciones de la nave, pero la atención de Bane, más que en las imágenes que se reflejaban en la pantalla, estaba en las indicaciones de los instrumentos.

La sonda batimétrica marcaba la cifra 6.500. El manómetro indicaba 650 atmósferas de presión.

—¡Dios mío! —murmuró—. Nos dirigimos rectamente al lugar más profundo del Océano Pacífico —adivinó.

—¿Qué está diciendo? —se alarmó Nell.

—Lo que oye. Había tomado la situación del barco antes de la

puesta del sol. En esos momentos, nos encontrábamos sobre la fosa de las Marianas, cuyo fondo se encuentra a más de diez mil ochocientos sesenta metros de la superficie. Mire las cifras de los instrumentos; aumentan sin cesar y con enorme rapidez.

Hacía apenas media hora que se encontraban a bordo de la misteriosa nave submarina y, en aquel tiempo, habían rebasado ya los seis kilómetros y medio de profundidad. El movimiento de descenso no se notaba en absoluto, a menos que se mirase a la pantalla y se tomase como punto de referencia algún espécimen de pez abisal. En ese caso, el pez se veía como si ascendiera vertiginosamente, cuando en realidad era la nave la que se hundía en el océano.

De pronto, Bane recordó que conservaba su cronógrafo impermeable. Hizo una medición: la velocidad de descenso era de veinte metros por segundo. Mil doscientos metros por minuto... lo que significaba que, tras la captura, el comandante de la nave había hecho aumentar la velocidad de inmersión.

Estaban ya a más de siete mil metros de profundidad. Según el ritmo de descenso, les quedaban menos de cuatro minutos para tocar el fondo de la fosa de las Marianas.

* * *

De repente, cuando estaban ya a unos diez mil cuatrocientos metros, la negrura de los fondos abisales se iluminó mediante una serie de chorros de luz, cuyo origen era imposible de hallar con la vista.

Bane se quedó absorto ante aquel increíble espectáculo. Delante de sus ojos tenía cuatro grandes cúpulas transparentes, semiesféricas, unidas entre sí por unos cilindros que sobresalían del punto más alto, primero verticalmente y luego horizontalmente, hasta formar un cuadrado de unos seiscientos metros de lado. Tanto los cilindros, a través de los cuales se divisaban unas extrañas burbujas, como las cúpulas, eran absolutamente transparentes.

Los cilindros horizontales estaban unidos por unas esferas de diámetro ligeramente superior, que también servían de nexo de unión con los verticales. Estos, apreció Bane, eran los que permitían llegar al interior de las cúpulas, cuyo diámetro, en la base, rebasaba ampliamente los trescientos metros.

La nave submarina había disminuido su velocidad casi por completo. Bane se dio cuenta de que se acercaban a una de las esferas angulares. Allí debía de haber alguna esclusa, que permitiese la entrada en la ciudad submarina.

La pantalla se apagó de repente. En el mismo momento, un trozo

del mamparo contiguo se deslizó a un lado. Teia apareció a la vista de los secuestrados.

—Bien venidos a Wahaihoo —dijo— En nuestro idioma, significa ciudad submarina.

Bane avanzó un par de pasos. Teia, observó, era más alta de lo que le había parecido en un principio.

—¿Todavía no puedes hablar? —preguntó.

—Yo sólo soy un subordinado —respondió ella—. Venid, os lo ruego.

Bane agarró a Nell por un brazo. Teia caminaba delante de ellos, por un pasillo de sección ovalada. De pronto, les indicó dos asientos en el interior de una nave de aspecto globular.

—Ahí, por favor.

Bane y Nell tomaron asiento. Teia se sentó delante de ellos en el puesto del conductor. El hueco del túnel desapareció. Entonces, la burbuja se movió hacia adelante.

Bane observó que pasaban sin detenerse por uno de los cilindros verticales. La burbuja se movía sin la menor sacudida. Antigravedad, seguramente, pensó.

—Teia, me gustaría hacerte unas preguntas —dijo él de pronto.

—Si puedo responder...

—Inténtalo, te lo ruego. ¿Por qué hemos sido elegidos Nell y yo precisamente?

—Hace días que os venimos estudiando. Tu esposa es una mujer importante...

—¡Él no es mi marido! —chilló Nell.

Teia pareció desconcertarse.

—¿No estáis casados?

—Claro que no. Bill mandaba el barco, pero nada más. Yo era su pasajera, simplemente.

—Tal vez he cometido un error —dijo Teia.

Bane creyó adivinar sus pensamientos.

—¿Acaso te encargaron secuestrar un matrimonio? —preguntó.

—Una pareja terrestre.

—Sí, somos dos, pero no estamos casados. ¿O necesitabais un matrimonio para fines... experimentales?

—Oh, no, en absoluto. Simplemente, me pareció que estabais casados. Tal vez es que no he sabido captar demasiado bien los matices de vuestra lengua. El aprendizaje del idioma ha sido demasiado rápido. Pero, insisto, no se os va a causar el menor daño. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que erais los más adecuados.

—¡Bonita conclusión! —protestó Nell con vehemencia—. Aquí estamos, a más de diez kilómetros y medio de la superficie, hasta sabe

Dios cuánto tiempo…

—Repórtese, señorita —aconsejó Bane, prudente—. Yo confío en las palabras de Teia. Tengo la impresión de que es algo parecido a un soldado y que, en consecuencia, obedece órdenes.

—Así es —sonrió la muchacha.

La burbuja se hundió de pronto en un cilindro vertical. El descenso aunque rápido, resultó suave. Momentos después, ponían pie en el suelo liso de la ciudad submarina.

Antes de examinar los edificios que había bajo la cúpula, Bane levantó la vista instintivamente hacia arriba. Más allá de la cubierta transparente, estaba la oscuridad del océano, diez mil quinientos metros de capa acuática, mil cincuenta atmósferas de presión…

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Si la cúpula cedía… Pero no, era preferible no pensar en ello: los habitantes de Wahaihoo debían de tener tomadas todas sus medidas, para evitar una catástrofe que, de producirse, habría alcanzado proporciones inimaginables.

Los edificios eran de forma regular, muy sencillos, en general de planta y primer piso, sin otra abertura a la vista que la puerta. Tal vez las paredes podían hacerse transparentes a voluntad desde el interior, pensó Bane, una vez fuera de la burbuja.

—Venid —dijo Teia.

—¿Sería demasiado preguntar adónde nos llevas? —dijo el joven.

—El presidente de nuestro Consejo Supremo quiere hablaros. Él os dirá qué es lo que se espera de vosotros.

«Está bien. Habrá que tener paciencia», pensó Bane.

Nell caminaba con visibles muestras de disgusto. Para ella, la maravilla que era la ciudad submarina no tenía la menor importancia. Una vez, Bane estudió su rostro y casi se asustó al ver la expresión de furia que aparecía en sus bellas facciones. «Se siente humillada y disminuida», adivinó.

De pronto, Teia se detuvo ante un edificio de estructura más alargada que los restantes.

—Aquí es —dijo.

CAPÍTULO III

—Soy Juss-Odd —se presentó el hombre que hablaba al otro lado de una mesa, en una habitación de regulares dimensiones—. A pesar de que tengo el cargo de presidente, no se me debe ningún tratamiento protocolario.

—El nombre de la mujer que me acompaña es Nell Liddman —contestó Bane. Después de presentarse, añadió—: Nos sentimos muy honrados de conocerte, presidente.

—No demasiado, a decir verdad —terció Nell ásperamente—. Encuentro el secuestro injustificado y exijo se me devuelva a la superficie inmediatamente.

—Por favor. —Juss-Odd levantó una mano—. Nadie os retendrá aquí demasiado tiempo. Sólo os pido que me escuchéis unos momentos. Sentaos, por favor.

Bane miró a sus espaldas, asombrado. No había ninguna butaca, pero, de pronto, surgieron del suelo dos placas rectangulares, que se doblaron por la mitad, para formar asiento y respaldo.

—Antigravedad —dijo Juss-Odd, sonriendo comprensivamente—. Siéntate tú también, capitán Teia.

—Gracias, presidente —contestó la muchacha—. Señor, temo no haber realizado bien la misión encomendada...

—No te preocupes, capitán. Tú también lo eres, Bill.

—Si, pero sólo a bordo de mi barco. Fuera de él, no tengo ninguna autoridad.

—Por eso te hemos elegido. No podíamos correr el riesgo de aparecer ante uno de los barcos de vuestra armada. Quizá nos hubiesen atacado con las armas de a bordo... y no nos hubiera gustado en absoluto tener que defendemos. Hemos llegado a vuestro planeta en son de paz y ése es, en parte, el mensaje que quiero transmitas en la superficie.

—¿En parte? —se asombró Bane.

—Sí. Somos emigrantes. Hemos llegado desde un remotísimo planeta, situado a cientos de años luz del vuestro. Nuestro mundo estaba moribundo; ya no podíamos vivir allí. Los que ves aquí, bajo las aguas, somos los únicos supervivientes de Wahaihoo... Ciudad capital en la superficie, según nuestro idioma. Escasamente somos cuatro mil y, repito, nuestras intenciones son pacíficas. Pero queremos vivir arriba, donde hay luz y sol y brisa fresca, y lluvia y olores de plantas silvestres...

—Bien, si es así, ¿por qué no os habéis establecido ya? —se extrañó Bane.

—¿Crees que los terrestres lo habrían permitido, sin más? Oh, no

os culpo a vosotros; en todos los planetas habitados, sucede más o menos lo mismo con los extraños que llegan, sobre todo, si es en gran número. Siempre hay recelos, desconfianzas... y, a veces, los primeros contactos terminan con violencias desagradables y derramamiento de sangre. Eso es, precisamente, lo que queremos evitar.

—Bueno, pero no sé qué podemos hacer nosotros...

—Ella es mujer muy importante. Teia ha estado continuamente en contacto con Wahaihoo. Escucharán sus palabras y tú las confirmarás con tu saber y tu experiencia.

—De modo que he de ser una especie de embajadora —dijo Nell.

—Esto es lo que te pedimos —contestó Juss-Odd.

—Me lo pensaré.

—¡Señorita Liddman! —barbotó Bane—. ¿Acaso se va a negar a lo que le piden?

—No sé por qué he de acceder. Me han secuestrado, estoy aquí contra mi voluntad... No, no me agrada demasiado el papel que me han asignado—. Nell miró fijamente al hombre que tenía frente a sí—. Y no me gustan tampoco los extranjeros.

—Racista a estas alturas —gruñó el joven—. ¡Pero si son como nosotros!

Juss-Odd intervino de nuevo:

—Capitán Bane, será mejor que dejes de insistir sobre ella. Los dos permaneceréis algunos días en Wahaihoo, para que podáis conocer bien la ciudad submarina y así hablar con conocimiento de causa cuando regreséis a la superficie. Tengo ya un oficial designado para acompañar a Nell. En cuanto a ti, Teia será tu acompañante mientras estés aquí abajo.

Bane volvió a la vista hacia la joven.

—Me gusta —dijo.

Teia se sonrojó ligeramente. En el mismo momento, un trozo del muro se descorrió y un hombre entró en la estancia.

—Me has llamado, presidente —dijo.

—Teniente Rohh, te presento a Nell Liddman. Permanecerá unos días en Wahaihoo. Tú serás su guía y acompañante.

—Será un placer, presidente. Celebro conocerte, Nell.

La joven miró al recién llegado con impertinencia. Rohh era un hombre algo mayor que ella, altísimo; de anchos hombros, cabellos oscuros, muy cortos y mirada franca y sincera.

De pronto, Nell soltó una carcajada.

—Celebro conocerte, Rohh —dijo—. ¿Por dónde empezamos?

* * *

En la puerta del edificio del gobierno, Bane se enfrentó con Teia.

—Nell me preocupa —dijo.

—¿Por qué?

—No quisiera ofenderte, pero sospecho que no has acertado bien en la elección. Si conoces el significado de la palabra, te diré que Nell es inmensamente rica, lo que quiere decir también inmensamente caprichosa. Y no se ha distinguido jamás por su amor a los que no eran sus compatriotas.

—Entre nosotros ha desaparecido toda idea de nacionalidad —afirmó Teia.

—Sí, lo comprendo, y eso es lo que debería suceder también en la Tierra, pero, por desgracia, estamos todavía muy lejos de conseguir un gobierno común para todo el planeta. Nell es muy extravagante.

—Rohh sabrá controlarla, no temas. Dime, Bill, ¿te gusta nuestra ciudad?

—¿Podemos recorrerla?

—No habrá secretos para ti.

—Entonces, empieza.

Teia echó a andar. Una vez se detuvo y tocó con el pie cierto sector del suelo.

—Debajo de nosotros está la maquinaria que nos provee de agua, luz y aire para la respiración —dijo.

—¿Comida?

—Peces capturados y debidamente elaborados, con las vitaminas necesarias para mantener una buena salud. Pronto podrás probar nuestra comida.

—Me parece muy bien. ¿Cómo resisten las bóvedas tan fenomenal presión del agua?

—No es difícil. Hay una capa exterior, de energía antigravitatoria, que elimina la mayor parte del esfuerzo de la presión. Lo hacemos como una medida adicional de seguridad; por sí solas, las cúpulas resistirían la presión, pero ello les evita un esfuerzo innecesario.

—Comprendo. La energía, me imagino, será nuclear.

—Másica, Bill.

Bane se detuvo. Teia sonrió.

—Más que energía atómica o de fisión. La masa, de cualquier cuerpo, se transforma íntegramente en energía, sin pérdidas ni residuos. Por supuesto, tampoco hay radiactividad. Todo es absolutamente limpio e inofensivo.

Bane se sentía pasmado. La energía másica, la transformación absoluta de la masa en energía, el sueño dorado de los científicos de todos los siglos… aquellos alquimistas del espacio lo habían conseguido.

—Vamos —dijo Teia.

Bane vio más tarde la central de control. Teia era un cicerone maravilloso. Pero, de pronto, se le ocurrió una pregunta que le pareció lógica, dadas las circunstancias.

—Teia, esta ciudad submarina no se ha construido en un solo día —exclamó.

—Hemos tardado decenas de años. Muchos de los que empezaron su construcción, han muerto ya. Tuvieron que llegar gradualmente, en naves que eludían toda detección, con maquinarias y materiales... En nuestro planeta, la despoblación se producía aceleradamente. Al final, sólo cuatro mil conseguimos emigrar.

Ella se puso seria de pronto.

—Algunos tuvieron que quedarse.

—Lo siento.

—Todos se quedaron voluntariamente. Los más viejos no podían quitar su puesto a los jóvenes. Mis padres...

La voz de Teia se quebró bruscamente. Bane oprimió su brazo con suavidad.

Ella hizo un esfuerzo y sonrió.

—Si yo hubiera estado en su lugar, también me habría quedado.

—¿De qué murió vuestro planeta?

—Explosión interna. Tensiones gravitatorias, motivadas por la desviación orbital de otros dos planetas, debido a una súbita actividad de la estrella que era nuestro sol.

—Debió de ser terrible —dijo.

—El planeta se convirtió en miles de fragmentos, pero nosotros ya no lo vimos.

Al cabo de un rato, Teia se detuvo ante una casa de forma cúbica y una sola planta.

—Aquí vivo yo —dijo—. Entra, eres mi huésped.

* * *

La mesa y las dos sillas surgieron del suelo y se mantuvieron en el aire. Teia se acercó a una de las paredes y presionó en un punto invisible para el invitado. A los pocos momentos, volvía con una bandeja en las manos.

—Vosotros lo llamaríais paté de pescado —sonrió—. Es muy nutritivo y contiene todos los elementos necesarios para la alimentación.

Junto con los platos, había dos cucharas planas. Bane probó un poco aquella pasta rosada, muy espesa.

—Riquísima —elogió.

—Los sabores varían. Es preciso evitar la repugnancia de la

monotonía —dijo ella.

Después de comer, Bane se sintió muy cansado. Miró su reloj y se asombró. El tiempo se le había pasado volando. Arriba, en la superficie, eran ya las nueve de la mañana.

—Te enseñaré tu dormitorio —dijo Teia.

Como en el comedor, la cama surgió del suelo. Debido a la excelente temperatura ambiental, no eran necesarias las sábanas. La cama, notó Bane, era más bien dura, pero no incómoda en modo alguno. Tenía un pequeño cabezal y, en cuanto apoyó en él su cabeza, se quedó dormido como un tronco.

Despertó muchas horas más tarde. Teia no estaba, por lo que pasó al baño. Después del aseo, se preparó el desayuno en la dispensadora de alimentos, tal como había visto hacer a la joven. Cuando terminaba, oyó ruido de pasos.

Se sorprendió mucho al ver que no era Teia. Nell y Rohh aparecieron ante sus ojos.

—¡Hola, capitán! —saludó Nell con desenvoltura—. ¿Quiere acompañamos?

—¿Adónde van? —preguntó Bane, muy intrigado.

—Rohh me ha sugerido una excursión de pesca. Será maravilloso, ¿no le parece?

—Bien, de momento no lo pongo en duda, pero creo que debo esperar a Teia. No sé dónde está y no me parece prudente marcharme sin ella.

—Vamos, hombre, deje a la chica...

Bane hizo un gesto negativo.

—Lo siento —contestó—. Nos veremos cuando regresen de su excursión. Por cierto, ¿cómo piensan viajar?

—En una nave submarina, idéntica a la que les trajo a ustedes —declaró Rohh.

—En tal caso, les deseo mucho éxito.

Nell agarró, la mano de Rohh y tiró de él hacia afuera.

—Anda, vámonos, ya tengo deseos de ver cómo se pesca en estas profundidades —exclamó.

Bane frunció el ceño. Nell parecía haber olvidado por completo los motivos que le habían llevado a contratar su goleta. En sí, era una buena cosa, pero tenía la impresión de que Rohh era muy ingenuo en ciertos aspectos. Nell tenía mucha más experiencia y era mucho más sagaz de lo que su aspecto de mujer joven y hermosa parecía indicar.

El hecho le preocupó, sin saber concretamente las causas. En las pocas horas que llevaba en Wahaihoo había tenido tiempo suficiente para, a través de Teia, conocer a sus moradores. Eran gentes buenas y honestas, que sólo querían vivir en paz. La llegada de una persona como Nell podía representar, para ellos un serio contratiempo.

Pero quizá sólo eran presentimientos sin base seria, se dijo. Esperó pacientemente y lanzó un suspiro de alivio cuando vio aparecer a Teia.

—Dispénsame —se disculpó la joven—. He tenido una conferencia con Juss-Odd y ello me ha retrasado más de lo que hubiera deseado.

—No tiene importancia —contestó él—. Yo estaba muy cansado y dormí más de lo habitual. Por cierto, Nell y Rohh han venido a visitarme. Dijeron que iban a una excursión de pesca: me invitaron, pero preferí aguardar tu regreso.

Teia se puso seria de repente.

—¿Has dicho una excursión de pesca?

—Es lo que ellos manifestaron. ¿Qué ocurre? ¿Es algo malo?

—No había programada ninguna salida de nuestras naves submarinas. Aunque quizá Rohh obtuvo el permiso... Perdona, voy a comprobarlo ahora mismo.

Ella se acercó a la pared y tocó un punto de la misma. Un rectángulo se iluminó al instante y en él apareció la figura de una mujer de unos treinta y cinco años, de rostro agradable y silueta con grandes atractivos.

—¿Puedo servirte en algo, Teia? —preguntó la mujer.

—Donea, tú eres la consejero de alimentación. ¿Has concedido algún permiso para la salida de algún submarino fuera de programa?

—No, no he dado ningún permiso. ¿Por qué me lo preguntas?

—El teniente Rohh, con la huésped terrestre, ha salido a una excursión de pesca. Eso estaba fuera de sus atribuciones, Donea.

—Haré que investiguen. Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Está bien, gracias.

La pantalla se apagó. Teia se volvió hacia el joven.

—Quizá somos demasiado suspicaces —dijo, sonriendo forzadamente.

—Es probable —convino él—. ¿Tardaremos mucho en saber algo?

—Cuando se organiza una expedición para la pesca, todas las naves están en contacto con el centro de comunicaciones. Donea llamará ahora al submarino que tripula Rohh y le ordenará que regrese en el acto.

Pasaron algunos minutos. De pronto, sonó un leve tañido. Teia encendió la pantalla de televisión.

—Teia, hemos intentado ponernos en contacto con el submarino, pero no recibimos ninguna respuesta —informó Donea—. Francamente, me siento alarmadísima.

La joven dudó un momento. Luego dijo:

—Si no tienes inconveniente, el huésped y yo iremos ahora al centro de comunicaciones.

—Os espero —fue la lacónica respuesta de Donea.

CAPÍTULO IV

La sala era grande, de forma semicircular, con numerosas pantallas, algunas de gran tamaño, en las que se captaban distintas imágenes de Wahaihoo y sus alrededores. Los pupitres de control eran de una extrema simplicidad, pero no cabía la menor duda, pensó Bane, de su perfecto funcionamiento.

Frente a cada pupitre había alguien, hombre o mujer, indistintamente. Todos vestían lo que parecía ser el uniforme común a cuantos vivían en la ciudad submarina; aquel mono de tejido escamoso, que tan bien se amoldaba a la figura humana. Donea salió a recibirles, apenas les vio en el umbral de la puerta.

—Estamos haciendo todos los esfuerzos posibles para conseguir respuesta del submarino —dijo—-. Hasta ahora, no hemos conseguido nada. Pero eso no es lo peor.

—¿Qué sucede? —preguntó Teia.

—Venid.

Teia y Bane siguieron a Donea, quien se situó frente a una gran pantalla, de forma rectangular, pero con los lados más cortos en situación horizontal, de modo que los largos quedaban verticales. La pantalla estaba dividida en multitud de sectores, por líneas transversales, paralelas a los lados menores.

—Cada línea significa un desnivel de cien metros —dijo Donea—. Este es un detector batimétrico, de modo que en todo momento podemos conocer la profundidad a que se encuentra cada una de nuestras naves.

Bane observó un punto luminoso, de color anaranjado, que se movía rápidamente hacia arriba.

—El submarino se dirige hacia la superficie —dijo Donea—. En estos momentos, se encuentra a menos de quinientos metros. Pero si es necesario, podemos conocer la distancia con una exactitud mucho mayor.

Donea hizo un gesto con la mano. El operador tocó una tecla. Las imágenes de la pantalla variaron un tanto.

—Ahora, la distancia entre cada línea es de diez metros —dijo.

Bane observó que el punto que era el submarino tenía unas dimensiones muy semejantes a la que había entre cada dos líneas. Ello le dijo que su diámetro real no era inferior a los diez metros.

—Cuatrocientos setenta…, cuatrocientos sesenta… Ascienden a razón de diez metros por segundo —exclamó Donea.

—Bien, la pesca mejor se encuentra siempre en las inmediaciones de la superficie —dijo Bane—. Quizá quieran pescar a distancia mínima…

—Es posible, pero, en todo caso, ¿por qué no contestan a nuestras llamadas?

La nave ascendía velozmente. Ya sólo le faltaban trescientos cincuenta metros para emerger. Treinta y cinco segundos, calculó Bane rápidamente.

—Una pregunta —dijo—. ¿Es detectable también mi goleta, desde aquí abajo?

—No, porque, aparte de que el casco es de madera, carece del emisor de señales que tienen nuestros submarinos y que facilita la detección en cualquier momento.

—Rohh pudo haber anulado ese detector...

—No puede. Está en una caja sellada y, a bordo, carece de las herramientas precisas para violentarla. Además, si lo intentase, el detector se autodestruiría. Lo único que puede hacer es guardar silencio, pero imagino que eso no le importa.

—¿Por qué?

—Ahora lo sabremos. No solemos hacerlo, pero las circunstancias nos obligan a ello. ¡Garhis, pon en funcionamiento el psicodetector!

Uno de los controladores empezó a actuar de inmediato. A la derecha del detector batimétrico se encendió otra pantalla.

Líneas rojas, que ondulaban velozmente, pasaron de derecha a izquierda, con violentas oscilaciones, entremezclándose con otras de color amarillo, en las que también se advertían las mismas curvas. Al ver aquello, Donea lanzó una exclamación de enojo.

—Ondas cerebrales hostiles —dijo.

—Distancia a la superficie, ciento veinte metros —informó la operadora del detector batimétrico.

—Las ondas rojas son señales emitidas por el cerebro de un hombre —explicó Teia a media voz—. Las amarillas pertenecen a una mujer.

—No entiendo —masculló Bane—. ¿Qué demonios pretende Nell?

—El psicodetector señala desobediencia a las órdenes —dijo Donea—. Eso no nos había sucedido jamás, desde que nos instalamos en la ciudad submarina. Me refiero a asuntos de verdadera importancia, como es la evasión que, según todos los síntomas, están a punto de consumar.

—Me gustaría saber qué piensa ganar esa loca con llevarse a Rohh a la superficie —dijo Bane—. ¿Acaso piensa exhibirlo en las ferias?

—El submarino está a punto de emerger —informó la operadora correspondiente.

Bane observó que el punto anaranjado aparecía inmóvil. De repente, lo vio iniciar el descenso.

—Ya bajan —exclamó.

—La conducta de Rohh será juzgada adecuadamente —dijo Donea—, En cuanto a la terrestre…, bien, el consejo tomará la decisión procedente.

—No será pena de muerte, espero —se alarmó Bane.

Donea se volvió hacia él.

—Jamás utilizamos aquí el castigo máximo —contestó—. Pero sí podríamos retenerla durante algún tiempo, para que purgase su delito.

—Si lo ha cometido.

—El interrogatorio lo dirá. Vamos.

Bane y Teia siguieron a la mujer. Donea llevaba colgado del cuello un diminuto transmisor. Subieron a una burbuja y el vehículo los llevó a la esclusa que, adivinó Bane, era la que debía utilizar Rohh para su regreso.

De cuando en cuando, oían a la operadora anunciar las diferentes cotas a las que se hallaba el submarino. Diez minutos después de haber llegado a la esclusa, la joven dijo:

—Objetivo en imagen. Les paso la transmisión.

—Está bien, gracias, Luhia —contestó Donea.

En la esclusa había una pantalla de televisión. Bane pudo ver el submarino que regresaba a la ciudad. De pronto, notó algo que llamó su atención.

—En esa nave ocurre algo —exclamó.

Donea se puso rígida. Era fácil ver que el submarino descendía de una forma errática, oscilando irregularmente a un lado y a otro. A Bane le recordó una hoja caída de un árbol, en una tarde sin viento.

—Comunicación con la nave —pidió Donea al centro de control.

—No contestan —informaron segundos más tarde.

—¡Mire, ahí viene! —exclamó Bane.

El submarino, merced a la poderosa iluminación que había en los alrededores de Wahaihoo, era ya fácilmente visible a ojo desnudo. Caía como si su piloto hubiese perdido el control o hubiese sufrido una irreparable avería en las máquinas.

De pronto, Bane vio algo que puso sus pelos de punta.

—¡Hay una escotilla abierta! —gritó.

Teia lanzó un gemido. Durante unos segundos, Bane se sintió acometido por un vivísimo terror. El submarino caía directamente sobre ellos.

Pero la protección de la energía antigravitatoria resultó eficaz. A cinco o seis metros de la esclusa, una fuerza invisible rechazó la nave, que salió como rebotada, dando lentas volteretas sobre sí misma, hasta descansar en el fondo, completamente inmóvil.

Donea se rehízo de la sorpresa recibida y acercó sus labios al transmisor.

—Equipos de rescate, dispóngase para actuar inmediatamente —

ordenó.

Una nave submarina, mucho más pequeña, apenas mayor que una de las burbujas que se utilizaban para los viajes en el interior de la ciudad, remolcó al submarino hundido hasta la esclusa. Potentes bombas vaciaron el agua contenida en su interior. Poco más tarde, Donea, Teia y Bane se precipitaban hacia el submarino.

Bane se sentía aterrado. Dentro de aquella máquina tan perfecta, encontraría dos cuerpos brutalmente machacados por la presión del agua. ¿Cómo era posible que un piloto, seguramente experto, hubiese permitido la apertura de una de las escotillas laterales?

Todavía quedaban algunos charcos en la esclusa del submarino. Bane, antes que ningún otro, trepó por la escalerilla y pasó al puesto de pilotaje.

Allí, en uno de los sillones, vio una cosa que tenía vagamente forma humana. Se acercó paso a paso. El aspecto de Rohh era horroroso.

Pero el sillón contiguo aparecía vacío.

—Nell no está aquí —dijo.

—Revisaremos el interior del submarino —exclamó Donea.

Dos hombres alzaron aquellos restos informes y se los llevaron hacia la salida. De pronto, cuando ya estaban a punto de abandonar la cámara. Bane notó algo y alzó una mano.

—Aguarden, por favor.

En el lado derecho de la cabeza de Rohh había una señal inconfundible, que no se podía achacar a efectos de la presión. Dominando sus aprensiones, puso los dedos en aquella señal. Los huesos del cráneo cedieron con toda facilidad.

Donea llegó en aquellos momentos.

—No hay rastro de la joven terrestre —dijo.

Bane la miró fijamente.

—Supongo que aquí disponéis de buenos médicos.

—Desde luego. ¿Por qué lo preguntas?

—Haz que examinen este cadáver.

Donea creyó comprender y asintió.

Bane hizo una señal a Teia. La muchacha se acercó.

—¿Qué quieres, Bill?

—Tú conoces el manejo de esta clase de naves. Pilotabas la que nos trajo aquí. ¿Crees posible que la escotilla se pueda abrir accidentalmente?

—No, a menos que se produzca una avería inesperada, pero, en todo caso, la presión de las aguas lo único que haría sería mantenerla cerrada, dada la forma en que ha sido construida. En tal caso, hay todavía dos escotillas más, que podrían ser utilizadas y…

—Revisa los instrumentos —pidió Bane.

Teia se acercó al cuadro de mandos. Instantes después, exclamaba:

—La escotilla fue abierta deliberadamente. No hubo averías, Bill.

—Justo lo que me suponía.

Teia se volvió hacia el joven.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Es bien sencillo. Aunque no se me alcancen los motivos, Nell golpeó a Rohh con un objeto duro. Abrió la escotilla y abandonó la nave, eso es todo.

—Entonces... lo mató —dijo Teia aterrada.

—Justamente. ¿Hay herramientas a bordo?

—Sí, algunas...

—Revísalas, ¿quieres?

Teia se alejó, para volver a los pocos minutos.

—Falta una, similar a la que vosotros llamáis llave inglesa. No aparece por ninguna parte —manifestó.

—La arrojaría al mar —supuso Bane.

—Pero si ella escapó... Ha debido de perecer ahogada...

—No estoy seguro —contestó él—. Nell no vino aquí de buena gana y, seguramente, la excursión de pesca, fue el pretexto para escapar.

—No teníamos intenciones de reteneros, Bill. Sólo queríamos que supierais cómo vivimos y que fueseis embajadores de nuestros deseos.

—Ella no lo creyó así.

—¿Y tú?

—Por supuesto. No tengo por qué dudar de lo que me dijo Juss-Odd. Pero Nell...

—El psicodetector se utiliza sólo en casos muy extremos, ya lo has visto. Si hubiéramos recelado de Nell, lo habríamos empleado y de este modo nos habríamos evitado un serio disgusto. —Teia se retorció las manos—. Bill, ¿qué podemos hacer ahora?

Bane reflexionó unos segundos. Luego dijo:

—Teia, me gustaría que me consiguieras una entrevista con Juss-Odd. ¿Quieres intentarlo?

—Ven —contestó la joven lacónicamente.

* * *

Juss-Odd escuchó en completo silencio el parlamento del terrestre. Incluso después de que Bane hubiera terminado de hablar, calló aún durante un par de minutos.

—La actitud de tu amiga nos ha pillado completamente por sorpresa —dijo al cabo—. No esperábamos una cosa semejante, lo

confieso. Pero es que tampoco entendemos qué beneficios puede obtener de su forma de actuar.

—Yo tampoco lo entiendo. Por eso te pido me permitas volver inmediatamente a la superficie.

—¿Harás todo lo que me has dicho? —preguntó Juss-Odd.

—Hasta el límite de mis fuerzas.

Los ojos del presidente fueron hacia la esbelta joven que estaba junto a Bane.

—No debería ir solo —dijo.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no me gustaría que él creyese que le acompaño sólo para fiscalizar sus acciones —manifestó Teia.

—Creo que vienes porque lo estimas necesario —dijo Bane.

Teia sonrió.

—Gracias —musitó. Luego se dirigió a Juss-Odd—. Resultaría conveniente que me llevase un aparato de control remoto, para poder utilizar el submarino a la vuelta —solicitó.

—De acuerdo —accedió el presidente.

—Otra cosa —dijo Bane—. Estas ropas son… muy llamativas. Me gustan y en las mujeres jóvenes son verdaderamente atractivas, pero no convendría que vistiéramos así en la superficie.

—Podemos llevar monos de trabajo. Son de tejido liso y de color azul claro —sugirió la muchacha.

—Está bien. Os deseo mucha suerte —dijo Juss-Odd, como despedida.

CAPÍTULO V

El submarino se detuvo a unos treinta metros de la superficie. Teia hizo salir el periscopio y las imágenes se reflejaron de inmediato en la pantalla. El mar aparecía desierto en toda su extensión.

—Si Nell se ha salvado, ¿cómo lo consiguió? —murmuró Bane, hondamente preocupado por lo que parecía un enigma indescifrable.

—Bien —dijo Teia—, no hay nadie a la vista. ¿Qué hacemos?

—Lo acordado. Navegaremos en inmersión hasta llegar a las inmediaciones de Agaña. Yo te diré dónde debemos desembarcar.

—De acuerdo. Vuestro país tiene en esa isla una base naval muy importante. Si te parece, conectaré todos los sistemas anti detección.

—Es una excelente idea.

Al atardecer, Bane, a través de la pantalla, pudo ver la costa de Guam. Agaña y sus alrededores brillaban como millares de luces. Nadie, sin embargo, podía suponer que a menos de una milla de la costa había una nave submarina, construida a cientos de años luz de la Tierra.

—Bueno, creo que no conviene que sigamos más en el submarino —dijo.

—De acuerdo. Entonces, vamos a preparar el bote.

Momentos más tarde, se hallaban a bordo de una embarcación construida en una sustancia plástica, muy dura, que tenía el aspecto de un tubo de casi un metro de diámetro, por cuatro de longitud, con dos agujeros en la parte superior para sus ocupantes. El bote disponía de aletas laterales estabilizadoras, que lo hacían involcable.

Teia manejó el aparato de control remoto y el submarino se hundió.

—Lo dejaré estabilizado a cinco mil metros —dijo.

Momentos después, el bote se ponía en movimiento, propulsado por un silencioso motor a reacción. Bane guió a la muchacha, hasta llegar a una playa solitaria situada al norte de Agaña.

El bote era lo suficientemente ligero para poder sacarlo del agua sin dificultad. Bane lo escondió bajo unos arbustos.

—Mañana vendré con mi camioneta y lo guardaré en el garaje de mi casa —dijo.

Echaron a andar. Teia respiró a pleno pulmón el aire de la noche tropical. Las palmeras casi le hicieron gritar de gozo, y las flores silvestres la hechizaron por completo. Bane sonreía comprensivamente; después de vivir largos años en una atmósfera artificial, a más de diez kilómetros de la superficie, la actitud de la joven resultaba completamente justificada.

Por otra parte, Bane había elegido bien el lugar del desembarco.

Ordinariamente, residía en una cabaña, situada a dos millas al nordeste de Agaña, hacia el interior de la isla. Una hora después del desembarco, abría la puerta de la casa. Estaba construida con troncos de bambú y, si el exterior era aparentemente rústico, en el interior no faltaba ninguna de las comodidades modernas.

Encendió las luces. Enseñó a la muchacha el cuarto de baño y luego la cocina. A continuación, se fue hacia el videófono y marcó un número.

La pantalla se iluminó a los pocos momentos. Alguien lanzó un grito:

—¡Por todos los diablos! Capitán, ¿de dónde sale usted?

Bane se echó a reír, al ver la sorpresa reflejada en el rostro de su segundo.

—Te lo contaré luego, Dick. Escucha, necesito que vengas inmediatamente a mi casa.

—Sí, ahora mismo...

—Aguarda, hombre. Quiero que traigas ropa de mujer, más o menos una talla similar a la de Nell Liddman. Un par de blusas, pantalones cortos, falda, zapatos, lencería... Tu esposa te aconsejará, ¿entiendes? Podrás comprarlo en el *Jewell's*, ese hipermercado que está abierto día y noche, ¿entiendes?

—Desde luego. Iremos en seguida...

—No. Tienes que venir tú solo, Dick.

—De acuerdo, capitán.

Bane cortó la comunicación. La voz de Teia sonó a sus espaldas:

—¿Con quién hablas?

—Era mi segundo —contestó él, volviéndose hacia la joven—. Le he dicho que te traiga ropas... terrestres.

—¿No estoy bien así? —se sorprendió Teia.

—Prefiero que vistas a la moda de nuestro planeta. —Bane movió la mano en semicírculo—. Esta vivienda debe de parecerte muy pobre —sonrió.

—Me parece algo maravilloso. Es de noche, pero he visto árboles, plantas, arbustos, flores... Estoy en la superficie, Bill. ¿Lo comprendes?

Bane hizo un gesto de aprobación.

—Desde luego. Y ahora vas a cenar como se cena en la superficie —dijo—. Por fortuna, el frigorífico sigue funcionando y mi asistenta lo revisa de cuando en cuando. ¿Vamos a la cocina?

* * *

Dick se quedó pasmado al ver a la joven de los largos cabellos amarillos. Bane le explicó sucintamente quién era, pero estaba más

interesado en saber lo que había ocurrido después de que hubieran sido secuestrados por el submarino.

—Naturalmente, lo primero que hice fue enviar un mensaje a la guardia costera —explicó Dick—. Inmediatamente, despacharon un hidroavión, pero eso fue todo. Vieron que todo seguía normal a bordo de la *Golden Mermaid* y pensaron que nos habíamos emborrachado. Lo sé, porque luego escuché comentarios por la frecuencia de los guardacostas. ¿Cómo iba a creer nadie que ustedes habían sido secuestrados por una nave misteriosa, con tentáculos como los de un pulpo? Yo mismo, a veces, pensaba que lo había soñado pero cuando les echaba en falta a usted y a la señorita Nell, me decía que algo muy extraño había debido de ocurrir y tenía fe en que volvería a verle un día u otro. Y así ha sido —concluyó el «chamorro» con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Bueno, pero todavía no sabes lo mejor —dijo Bane—, aunque te lo explicaré más tarde. En primer lugar, quiero saber qué ha sido de la señorita Nell.

—Yo me quedé con la goleta en el mismo sitio, porque tenía el presentimiento de que iban a regresar. La que sí volvió fue ella y no sé cómo lo hizo, pero la subí a bordo y me dijo que usted había muerto y que debía llevarla inmediatamente a Agaña. ¿Qué podía hacer, capitán?

—No te lo reprocho, Dick —murmuró Bane pensativamente—. De modo que ella dijo que yo estaba muerto.

—Sí, señor.

—Es inconcebible que haya dicho una cosa semejante, sabiendo que tarde o temprano tenía que volver a la superficie. ¿Está ahora en el hotel *Grand Sea*?

—No, señor. Apenas media hora antes de que usted me llamase, se marchó, con un avión cohete que alquiló. Después de desembarcarla, ni siquiera ha estado aquí más de cinco horas.

Bane se mordió los labios.

—No acabo de comprender bien su actitud —dijo— Esa mujer se trae algo entre manos. Ya se le ha pasado e disgusto de la ruptura con su enamorado... y en esta aventura se ha mostrado tal como es: dura y sin escrúpulos.

—Como su padre.

—No se llega a cierta situación, sin atropellar a muchas personas —convino Bane—. Bien, de todas formas, lo importante es que está fuera de Guam. Dick, mañana intentaré hablar con el almirante jefe de la base. Tengo que contarle cosas muy importantes.

Los ojos del segundo se volvieron hacia la hermosa joven que escuchaba en silencio la conversación.

—¿Se refiere a ella? —preguntó.

—Su nombre es Teia, no te lo había dicho hasta ahora. Las ropas que has comprado son para ella, por supuesto. Y si quieres saber adónde nos llevó tras el secuestro, te diré que fuimos a su ciudad, situada en el fondo de la fosa de las Marianas.

Los ojos da Dick se abrieron desmesuradamente.

—Increíble, capitán —dijo.

—Eso mismo me dirá mañana el almirante Shellytoe.

—Son más de diez mil quinientos metros…

—He llegado al fondo y he subido. —Bane se volvió hacia la joven—. Es una lástima que no hayas traído una película; podría habernos servido como prueba —agregó.

—Lo siento, no se me ocurrió…

—Bien, ya no tiene importancia. Dick, ahora, tú y yo vamos a ir con la camioneta para traemos el bote y esconderlo en el garaje. Teia, aguárdanos aquí. Tienes para entretenerte: pruébate las ropas que te ha traído mi amigo.

Ella sonrió.

—Resultará interesante —admitió.

Bane y Dick salieron de la cabaña. Cuando abrían la puerta del garaje, Dick expresó, sus dudas sobre la respuesta del almirante.

—No creo que le haga caso…

—De todos modos, tengo que intentarlo —respondió Bane firmemente.

* * *

El almirante Shellytoe se quedó con la boca abierta cuando le relató la que parecía una historia disparatada, por fantástica.

—¿Que ha estado usted en…? Pero, hombre de Dios, ¿cómo puede esperar que me crea semejante historia? —exclamó, después de que su visitante hubo terminado de hablar

Bane procuró contener un gruñido. Llegar hasta el almirante no había resultado precisamente fácil y ahora que estaba frente a él, debía comportarse con mesura, pensó.

—Una nave submarina extraterrestre nos secuestró, a la señorita Liddman y a mí…

—Capitán, los informes que tengo yo son muy distintos. Su piloto envió un mensaje de socorro y despachamos un hidroavión, que no escuchó nada. Más tarde, la *Golden Mermaid* regresó a puerto. Nell Liddman desembarcó y dijo a uno de mis ayudantes que usted había muerto. ¿Sabe lo que sospecho?

—Dígamelo, almirante —contestó Bane con los labios prietos.

—Primero, su segundo estaba borracho cuando lanzó la llamada

de socorro y luego tuvo que seguir manteniendo la ficción. Segundo, Nell Liddman dijo que estaba muerto, porque quiso gastarnos una broma pesada.

—¿Y no se les ocurrió hacer una investigación?

—Usted no estaba a bordo. Era una historia creíble. ¿Cuántas veces no salta un marino por la borda, después de una borrachera?

Bane se pasó una mano por la cara.

—Entonces, usted no cree en la existencia de Wahaihoo —dijo.

—Capitán, tenemos aquí un par de batiscafos perfeccionadísimos, capaces de alcanzar, si los hubiera, fondos muy superiores a los de la fosa de las Marianas. Le diré una cosa: hace dos meses escasos, se hizo una exploración que pudiéramos llamar de rutina, con uno de esos batiscafos, tripulado, por cierto, pero sus tripulantes no encontraron el menor rastro de esa ciudad submarina que usted dice existe en el fondo del océano.

—Almirante, en esa ciudad viven unas cuatro mil personas. Sólo desean establecerse en la superficie. A cambio, darán información valiosísima sobre sus descubrimientos científicos, al lado de los cuales, los nuestros no son más que hachas de sílex, de la Edad de Piedra. Podrían establecerse, pero desean hacerlo en la legalidad, sin temor a reacciones xenófobas…

—Basta de historias, capitán; ya he perdido demasiado tiempo —cortó el almirante Shellytoe secamente—. Ignoro, y no quiero saberlo, por otra parte, lo que pasó a bordo de su goleta. Pero estoy dispuesto a que nadie se burle de mí con una historia fantástica, que no tiene razón de ser.

Shellytoe tocó un timbre. A los pocos segundos, apareció en el despacho uno de sus ayudantes.

—Señor Mallory, tenga la bondad de acompañar al capitán Bane.

—Bien, almirante.

Bane se puso en pie. Desde la puerta, se volvió y dijo:

—Le traeré las pruebas, almirante.

Dick aguardaba en la puerta del cuartel general, apoyado en la portezuela de la camioneta.

—No le creen, capitán —adivinó.

Bane hizo un gesto de asentimiento.

—Les presentaré pruebas —contestó—. Vamos, a casa.

CAPÍTULO VI

Teia se había cambiado de ropa y ahora vestía blusa, anudada bajo los senos, de modo que el estómago quedaba desnudo, pantalones cortos, muy ceñidos, y sandalias de medio tacón. El pelo quedaba ahora sujeto por una cinta de vivo color rojo, que le confería un encanto singular.

Al ver entrar a Bane, seguido de Dick, sonrió hechiceramente

—¿Te gusto? —consultó.

—Estás preciosa, pero mucho me temo que no vas a poder llevar esa ropa mucho tiempo —respondió él.

Teia dejó de sonreír en el acto.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Tenemos que volver a Wahaihoo. El almirante no me cree. Hemos de llevarle pruebas. Una película.

—Comprendo —dijo Teia—. Lo siento, debí imaginarlo. De otro modo, habría traído una cinta grabada con imágenes.

—Eso se puede solucionar. Yo compraré una cámara y cintas suficientes. Pero me imagino que no será conveniente que volvamos al submarino hasta la noche.

—Sí, sería lo mejor —convino ella.

Bane sonrió.

—Estás preciosa —alabó—. Teia, dime, ¿te gustaría saber cómo vivimos los terrestres?

—Me encantaría, Bill.

—Quizá encuentres otros vestidos aún más bonitos —dijo Bane.

—Capitán, no se arruine —aconsejó, socarrón, el piloto.

—Al menos, tengo la ventaja de que Nell pagó por adelantado —rio Bane. Agarró la mano de Teia y tiró de ella hacia la salida—. Anda, vamos ya.

El día transcurrió rápidamente, sobre todo para Teia, para quien todo cuanto veía resultaba absolutamente nuevo. Al atardecer, ayudados por Dick, llevaron el bote a la playa.

Dick se quedó en la orilla.

—Vuelvan pronto —dijo.

La embarcación se alejó en silencio, con moderada velocidad. Dick permaneció en la playa, hasta que vio el bote fundirse en las tinieblas

Una hora más tarde, el submarino afloraba a la superficie, movido por el control remoto que manejaba Teia. El mismo aparato abrió la escotilla donde debía entrar el bote. Luego, Bane y Teia se dispusieron a pasar a bordo.

Cuando ya estaban en la cubierta, Bane oyó una distante

detonación, seguida de un agudo silbido. Un par de segundos más tarde, se elevó a poca distancia una enorme columna de agua, a la vez que se oía un fortísimo trueno.

—¿Qué es eso? —preguntó Teia, vivamente alarmada.

—Nos cañonean —contestó Bane—. ¡Abajo, rápido!

Teia no se hizo repetir la indicación. Apenas vio que Bane ponía el pie en la esclusa, cerró la escotilla y corrió hacia la cámara de mando.

Dos explosiones más sacudieron la nave. Teia tomó los mandos y lanzó el submarino verticalmente hacia abajo.

—Es un destructor de vigilancia costera —explicó Bane—. Pero no entiendo cómo nos han localizado.

—Posiblemente, por medios simplemente visuales —repuso ella, con la vista fija en las distintas pantallas de control—. Se acerca a toda velocidad, Bill —informó.

—Estos barcos son muy rápidos. Y pueden destruirnos...

—Lo evitaré.

Bane tenía la vista fija en la pantalla que señalaba la profundidad. Las cifras corrían vertiginosamente, pero, aun así, sentía ciertas aprensiones. La marina de guerra disponía de nuevas armas antisubmarinas y sabía que eran muy eficaces.

De pronto, en una de las pantallas apareció un punto luminoso que se movía en sentido descendente con gran rapidez.

—Ha lanzado una carga de profundidad —exclamó—. Desvíate a la izquierda, Teia.

La joven obedeció. Segundos después, las aguas se agitaron terriblemente. El submarino se agitó con gran zarandeo. Bane tuvo que agarrarse con ambas manos a los brazos del sillón, a fin de evitar salir despedido.

—Más profundidad, toda, Teia —gritó.

Otra carga descendía vertiginosamente. Bane había servido algún tiempo en la armada y conocía bien aquella clase de explosivos. No eran cargas de profundidad convencionales, sino cohetes que se movían en dirección a su blanco, con mucha mayor rapidez y con una potencia explosiva varias veces superior.

El estallido de la carga resultó devastador. Durante unos segundos, Bane tuvo la sensación de que el submarino había sido alcanzado irremisiblemente. Las luces oscilaron, pero, al fin, todo volvió a la normalidad. En aquellos momentos, la cota batimétrica era de unos cuatro mil doscientos metros.

—¡Abajo, abajo! —apremió a la muchacha— Tenemos que rebasar muy pronto los cinco mil metros o nos alcanzarán con el siguiente disparo.

Teia hizo que el submarino se precipitase hacia el fondo en

posición vertical. Bane tenía los ojos fijos en la pantalla, en la que se veía avanzar vertiginosamente el tercer proyectil.

De pronto, Teia hizo un violento viraje a estribor. Segundos después, se producía la explosión. El submarino fue sacudido con terrible violencia, pero resistió sin daños.

El manómetro señalaba ya cinco mil cien metros. Bane se relajó.

—Ha pasado el peligro —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Teia, mientras trataba de estabilizar la inmersión.

—Esas cargas estallan por la presión, al llegar a cinco mil metros de profundidad. Aunque nos lanzasen todas las que tienen a bordo, no conseguirían alcanzarnos.

Hurgó en sus bolsillos, sacó tabaco y se puso un cigarrillo en la boca. Teia le miró con curiosidad, pero no dijo nada.

El descenso continuó. Teia dirigió el submarino hacia el lugar donde se hallaba Wahaihoo. Dos horas más tarde, emitió la primera señal de llamada.

—He avisado de nuestra llegada —dijo.

Bane asintió. De pronto, vio que el rostro de Teia adquiría una expresión preocupada.

—No me contestan, Bill —exclamó la muchacha.

—¿Cómo? Insiste, por favor.

Teia manejó los controles con rápidos movimientos. Unos segundos más tarde, se volvió hacia él.

—Ignoro lo que sucede, pero no recibo respuesta —dijo.

—Es probable que se hayan enterado del ataque y prefieran guardar silencio —supuso Bane—. A fin de cuentas, también nosotros tenemos buenos detectores.

—Dudo mucho que captasen nuestras llamadas. Están hechas en una longitud de onda especial, imposible de detectar, si no se cuenta con aparatos especialmente construidos. Quizá ese barco pudo detectar la masa de mi submarino, pero no podría recoger ninguno de nuestros mensajes, por mucho que se esforzasen.

Bane guardó silencio. La falta de respuesta de Wahaihoo le preocupaba notablemente, lo mismo que a la joven.

De pronto, Teia exclamó:

—Estamos ya a diez mil quinientos cincuenta metros, justos sobre la vertical de la ciudad. Pero no veo ninguna luz…

—¿No tienes proyectores a bordo?

—Sí, desde luego.

—Las señales luminosas resultarán invisibles desde la superficie —aseguró Bane.

Teia encendió los proyectores instalados en la quilla de la nave. Mediante un sistema especial de lentes, la luz emitida por las lámparas

podía traspasar la más profunda oscuridad con toda facilidad, como si fuese una simple neblina del amanecer

Durante unos minutos, el submarino se movió en un amplio círculo, a más de diez mil quinientos cincuenta metros de profundidad. Al fin, Teia llegó a una desoladora conclusión:

—¡Bill, Wahaihoo ha desaparecido!

* * *

En el puente del destructor USS Evansmill, su capitán estaba en contacto con el cuartel general, por medio de videófono directo.

El almirante Shellytoe aparecía en la pantalla, con la cara cubierta de sombras.

—Dice que captó señales de un submarino sin identificar y que lo cañoneó y atacó con cargas, sin obtener resultado.

—Así es, señor —confirmó el comandante del destructor—. Primero lo detectamos visualmente, cosa que nos extrañó, ya que no habíamos captado señales en el radar. Le hicimos señales de que se detuviera, pero en vista de que no obedecía, ordené abrir fuego con las piezas de cinco pulgadas. El submarino se evadió, sumergiéndose, y ordené atacarlo con cargas de profundidad dirigidas. Eludió todos los proyectiles. El último hizo explosión a los cinco mil metros, que es la máxima profundidad que pueden soportar. Pero siento tener que comunicarle que no conseguimos ningún impacto. Por los registros de detección, sabemos que la nave sospechosa continuó sumergiéndose, sin el menor daño. A los seis mil metros, perdimos todo rastro..., pero puede estar seguro de que no conseguimos alcanzarla. Lo habríamos sabido inmediatamente.

Shellytoe se preocupó. Acababa de recordar la entrevista con Bane. ¿Acaso aquel capitán de una goleta mercante le había dicho la verdad?

—Muy bien, capitán —decidió—. Siga vigilando en la zona. Envío refuerzos. Infórmeme de cualquier incidente que pueda surgir. Por ahora, eso es todo.

—Sí, señor.

Segundos después, llamaba a su ayudante.

—Mallory, pida comunicación directa con el secretario de Defensa —ordenó—. Línea cifrada y urgente, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Otra cosa: envíe a un oficial de la Policía Militar, con dos hombres, para que se traigan al capitán Bane, aunque sea atado de pies y manos. Esto también es muy urgente.

—Entendido, señor.

Al quedarse solo, Shellytoe, muy preocupado, movió los dedos, tamborileando sobre la mesa. ¿Qué le diría al secretario de Defensa?, se preguntó.

* * *

Teia pulsó un botón y el submarino se inmovilizó a cincuenta metros escasos del fondo.

—No lo comprendo —dijo.

Las imágenes captadas por los objetivos se reflejaban con asombrosa fidelidad en las distintas pantallas de la cámara de mando, holgada y espaciosa. Bane permanecía en pie, frente a una de las pantallas, que mostraba el fondo, absolutamente liso y sin la menor señal de vida.

—Sólo hay una conclusión —dijo—. La ciudad ha cambiado de emplazamiento.

—Pero ¿por qué? Siempre estuvo aquí...

—Ignoro cuál es la respuesta, Teia, pero yo me atengo a la realidad. Es decir, a menos que te hayas equivocado en el rumbo.

—No, en absoluto. Una vez nos alejamos de la zona de peligro, conecté el piloto automático. Tenía grabadas las instrucciones para llegar a la ciudad. Solamente, al tenerla a la vista, debería haber vuelto a gobernar manualmente... y aun así lo hacemos por pura precaución, ya que también podríamos llegar a la esclusa por medios automáticos. —El pie de la muchacha golpeó con fuerza el suelo de la cámara—. ¡La ciudad estaba aquí, Bill!

—Pero ya no está. Y ahora hemos de tomar una decisión.

Teia se volvió hacia él.

—Me siento desconcertada —admitió—. ¿Qué me aconsejas tú?

Bane se pellizcó el labio inferior.

—¿Qué distancia alcanzan los transmisores? —preguntó.

—No tienen límite. Aunque estuviesen en los antípodas, captarían mis señales. Es una emisión, mezcla de ondas ultrasónicas y de radio...

Bane alzó una mano,

—No te metas en explicaciones. Me basta saber que pueden escucharte, dondequiera que estén. Llama varias veces y pídeles su nueva situación.

—Juss-Odd no me dijo nunca que la ciudad podría desplazarse como si fuese una nave —se quejó Teia.

—Los jefazos, a veces, saben cosas que los subordinados deben ignorar —contestó el joven filosóficamente—. Y aquí, en el Pacífico, hay lugares más que suficientes para poder buscar un nuevo emplazamiento para Wahaihoo. Pero, dime, ¿no pueden detectarla tus

instrumentos?

—Si emplean el sistema antidetección, ni con los aparatos de a bordo podremos saber dónde está.

—Juss-Odd receló algo y por ello ordenó el cambio de posición. Anda, intenta ponerte en contacto con Wahaihoo.

Una hora más tarde, Teia, desalentada, cerró el transmisor.

—No obtengo respuesta y los detectores no reciben ninguna señal —declaró.

Bane reflexionó unos instantes. Luego hizo una pregunta:

—Teia, ¿cuánta autonomía tiene tu nave en inmersión? Me refiero, más que a combustible, a víveres, agua y aire.

—La nave lleva destiladora de agua y planta productora de oxígeno. Su autonomía está limitada, prácticamente, por las reservas de alimentos. Para dos, podríamos permanecer sumergidos durante cuatro meses.

—No estaremos tanto tiempo —sonrió Bane—. Dejemos pasar algunas semanas y que se «enfríe» la superficie. Luego volveremos a mi casa y allí estudiaremos la decisión que hemos de tomar… si antes no hemos tenido noticias de Wahaihoo

CAPÍTULO VII

Teia estaba perdida en un mundo que le resultaba casi completamente desconocido, pensó Bane, cuatro semanas más tarde, cuando el periscopio asomó para explorar la superficie del Pacífico. No habían tenido noticias de Wahaihoo ni se les ocurría la menor idea del lugar adonde había podido ser trasladada.

La vigilancia en la superficie debía de haber cesado. Bane observó el mar limpio de barcos. A lo lejos, vio el puntito que era la isla de Guam, en la que ya se divisaban algunas luces. Manejó el mando de aumento y pudo apreciar un par de destructores maniobrando en la entrada de la base naval.

—Teia, sospecho que la vez anterior tu sistema antidetección no funcionó de una manera perfecta —dijo.

—Tienes razón. El primer cañonazo causó una sacudida y alteró levemente algunos circuitos. Pero ya está reparada la avería. El comprobador ha dado resultados satisfactorios —explicó ella.

—Muy bien, en tal caso, aguardaremos a la madrugada para desembarcar. Sumérgete un par de cientos de metros

Bane había aprendido ya el manejo del submarino, pero prefería que fuese ella quien lo pilotase, dada su mayor experiencia. No obstante, sabía emplear el periscopio sin necesidad de ayuda.

Teia se sentía desalentada.

—Quizá, en el traslado, ocurrió alguna catástrofe y ahora están todos muertos...

Bane meneó la cabeza.

—Sería lamentable, pero no debes preocuparte —dijo.

—¿Por qué?

—Tienes un amigo, por lo menos —sonrió él.

Teia calló. Bane se preguntó si habría dejado abajo algún ser querido. Pero ella había dicho tiempo atrás que ya no tenía padre. ¿Algún enamorado?, se preguntó.

A las cuatro de la mañana, el submarino se acercó hasta llegar a una milla de la costa. Bane y Teia embarcaron en el bote. Una vez que la nave se hubo sumergido, iniciaron la navegación hacia la tierra firme.

Amanecía ya, cuando Bane hizo funcionar su videófono. Dick tardó algunos minutos en responder a la llamada.

—¡Capitán! —exclamó, pasmado.

—Estoy de vuelta, Dick —sonrió Bane—. ¿Qué novedades hay por aquí?

—¿Novedades? Tuve que pasarme cuarenta y ocho horas durmiendo sin parar. Usted no tiene ni idea de los interrogatorios a

que me sometió la Policía Militar y los hombres de la Inteligencia Naval... Pero ¿qué podía decirles yo, si lo ignoraba todo?

—¿Mencionaste a Teia?

—Sí, pero no me creyeron. En cambio, tengo que darle otra noticia.

—Habla, Dick.

—Nell está en Agaña.

—¿Cómo? —se sobresaltó Bane.

—Ha venido en el yate de su padre. Dice que es un viaje de placer, pero yo no la creo en absoluto. Oiga, se ha traído a una colección de tipos que dan escalofríos, sólo de mirarlos...

—¿Se aloja en el mismo hotel?

—Sí, desde luego. Sus acompañantes, sin embargo, apenas si han puesto pie en tierra. Capitán, no sé qué diablos se trae esa mujer entre manos, pero no me gusta nada su presencia en Agaña.

—Bien, no te preocupes. Si te pregunta por mí, dile que no sabes nada. ¿Entendido?

—De acuerdo, capitán Oiga, ¿qué hace la chica?

—Está aquí, sana y salva.

—Lo celebro. Capitán, aquí se organizó un revuelo fabuloso, cuando el Evansmill les atacó...

—Sí, me lo imagino. Dick, no te muevas de casa. Iré a verte en cuanto pueda.

—Sí, señor.

Bane cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Ahora vamos a desayunar —dijo—. Luego yo hablaré con el almirante. Tú me esperarás en casa.

—Está bien —contestó ella.

Bane tomó las manos de la joven.

—Si no puedes volver a Wahaihoo... aquí tendrás un hogar —dijo.

Teia sonrió levemente.

—Estoy segura de ello —repuso.

—¿Te esperaba alguien en la ciudad submarina? Por supuesto, no me refiero a Juss-Odd...

—No, no me esperaba nadie, Bill.

Bane sonrió.

—Procura tomar el sol, mientras esté fuera de casa, pero no abuses. El día en que tengas la piel un poco tostada, estarás guapísima.

Teia se ruborizó intensamente. Bane la agarró por un brazo y se la llevó a la cocina.

—Vamos a ver qué hay en el frigorífico —exclamó alegremente.

* * *

Los ojos del almirante Shellytoe despedían chispas cuando tuvo a Bane frente a su mesa de trabajo.

—De modo que ha vuelto —dijo.

—Aquí me tiene, almirante, sano y salvo, a pesar de los ataques del Evansmill.

—Les intimó a entregarse y no hicieron caso.

—Lo siento, pero no captamos ninguna señal. Lo primero que vimos fue la explosión de una granada, de cinco pulgadas, me imagino.

—¿Dónde está esa nave? —rugió Shellytoe—. Ese aparato debe de ser una maravilla. La Marina de Estados Unidos está interesadísima en...

—Calma, almirante. Aún no conozco la respuesta a mi proposición.

—Usted dijo que traería pruebas de la ciudad submarina. ¿Dónde está la filmación?

—Lamentablemente, la ciudad submarina ha cambiado de emplazamiento. Ni siquiera nosotros sabemos dónde está.

—¿Ha dicho nosotros, capitán?

—Sí, señor.

—¿Quién es la otra persona?

—Se llama Teia y es una joven encantadora, que sabe pilotar la nave submarina como usted no puede imaginarse siquiera. Lo primero que quiero es un permiso de residencia para ella.

—Supongamos que se lo concedo, ¿qué más desea, capitán?

—Permiso para seguir explorando, sin interferencias de sus buques. La ciudad submarina, Wahaihoo, cambió de emplazamiento y no sabemos ahora dónde está. Queremos encontrarla, pero necesitamos libertad de movimientos.

Shellytoe sonrió desdeñosamente.

—¿Cree que voy a tragarme ese embuste? —dijo. De pronto, se echó hacia adelante y golpeó la mesa con el puño—. Quiero el submarino o no habrá trato de ninguna clase.

Bane miró sin pestañear a su interlocutor.

—No puedo entregar nada que no me pertenezca —dijo.

—Entonces, no habrá trato.

Bane sonrió.

—Almirante, el primer disparo del Evansmill nos averió unos circuitos, lo que le permitió tenemos bajo detección, hasta pasados los cinco mil metros de profundidad. Hoy hemos llegado y nadie ha sabido que el submarino emergió a una milla de la costa. La avería

está reparada ya y el submarino se encuentra ahora a seis mil metros de profundidad. ¿Cree que puedo entregarle así como así una nave tan valiosa?

—Puedo obligarle por la fuerza...

El joven se puso en pie.

—Almirante, piénselo bien. Esos seres vinieron con intenciones pacíficas y yo quiero ayudarles, pero lo que no deseo en modo alguno es que sean tomados como animales de feria. Ellos quieren vivir en la superficie, como unos terrestres corrientes. No sé si tienen armas, pero si las tuvieran... ¿no cree que deberíamos hacemos amigos de ellos, antes que tratarlos hostilmente?

—¿Cómo podemos ser amigos de quienes no se atreven siquiera a dar la cara?

—Espero su respuesta, almirante —se despidió Bane con sequedad.

Cuando abandonó el cuartel general, se sentía pesimista.

Quería que Teia pudiera moverse sin inconvenientes. Pero, además, deseaba que la joven pudiera encontrar de nuevo su ciudad. A pesar de las innumerables perfecciones de la nave submarina, lo conveniente era conseguir que pudiera moverse sin dificultades y, sobre todo, sin una fiscalización inconveniente.

Dick le aguardaba en la entrada de la base.

—Adivino que no ha conseguido nada —dijo, filósofo.

—Tendré que hablar con Teia y contarle lo que me ha dicho el almirante. Dick, esa chica me gusta bastante, pero, más que nada, quiero ayudarla. Ellos vinieron aquí pacíficamente. Tú no has visto nada jamás como su ciudad submarina. Si hubiesen querido atacarnos, seguramente habrían empleado armas de las que no tenemos la menor noticia. Y no ha sido así.

—Capitán, voy a decirle una cosa —sonrió el «chamorro»—. Me gustaría conocer ese submarino.

—Para mí, sólo tiene un inconveniente.

—¿De veras? Siendo una nave tan perfecta...

—La comida —suspiró Bane.

Dick se echó a reír. Abrió la puerta de la camioneta y se sentó tras el volante.

Media hora más tarde, se detenía ante la cabaña. Bane saltó a tierra, subió los cuatro escalones que llevaban a la veranda y abrió la puerta,

—¡Teia!

La joven no contestó. Bane cruzó la sala y se asomó a la cocina.

—¿Dónde diablos se ha metido? —exclamó.

—Se habrá ido a dar un paseo por los alrededores —sugirió Dick —. Si le gusta el paisaje...

De repente, Bane vio junto a la puerta un objeto que brillaba. Lentamente se inclinó y tomó la caja de forma oblonga, apenas algo mayor que un paquete de cigarrillos, con una fina cadena que permitía llevarla colgada del cuello.

—¿Qué es eso, capitán? —preguntó Dick.

Bane permaneció inmóvil durante unos segundos. De pronto, echó a correr hacia el dormitorio que ocupaba Teia. La habitación estaba en completo desorden.

—Dick, tú hablaste de unos tipos sospechosos que habían llegado en el yate de Nell Liddman —exclamó.

—Así es, capitán.

Bane hizo saltar la caja en la mano.

—Es el control remoto del submarino —dijo—. Ella lo perdió o quizá lo dejó caer deliberadamente al suelo, cuando se dio cuenta de que iba a ser secuestrada.

—¡Demonios!

—Vamos a confirmarlo, Dick.

Bane corrió hacia la sala y marcó unas cifras en el videófono. A los pocos momentos, apareció en la pantalla el rostro de una muchacha, a la que él conocía muy bien.

—Bill, qué sorpresa —exclamó la joven—. Creí que te habrías olvidado de mí...

—Betty, quien te vio una vez, no te olvidará jamás —rio Bane, disimulando sus verdaderos sentimientos—. Te debo una cena, ¿sabes?

—¿Hoy? —preguntó Betty Lomax con no fingida ansiedad.

—Quizá. Dime, tú que estás en la capitanía del puerto, ¿dónde está el yate de Nell Liddman?

—Ah, te refieres al *Silver Seagull*. ¿Qué pasa, ya no le interesas a la millonaria?

—Betty, por favor, esto es muy importante. Dime qué ha sido del yate.

—Bueno, ha zarpado hace media hora escasa. Se dirige a San Francisco, según la documentación, es todo lo que sé.

—Gracias, Betty. Cuenta con la cena... y con algo más, en cuanto me sea posible, claro.

—Si incumples tu palabra, te sacaré los ojos —aseguró la muchacha.

Bane contestó con una sonrisa de circunstancias. Después de cortar la comunicación, se volvió hacia su segundo.

—Dick, Teia está a bordo del *Silver Seagull*. Segundo, no se dirigen a San Francisco. Tercero, por alguna razón que desconozco, Nell quiere encontrar la ciudad submarina y atribuirse la gloria de su descubrimiento.

—Capitán, si yo tuviese el dinero que tiene esa loca, la gloria me

importaría un rábano —dijo el «chamorro».

—A veces, el dinero no lo es todo. Pero quizá ella quiera algo más que gloria.

—¿Por ejemplo...?

Bane no tuvo tiempo de contestar. La figura de un hombre, vestido con el blanco uniforme de la Armada, acababa de hacerse visible bajo el dintel de la puerta.

—¿Capitán Bane? —dijo el oficial.

—¿Sí?

—Señor, soy el teniente Shapper. Lamento comunicarle que está arrestado, por orden del almirante jefe de la base.

Bane abrió la boca estúpidamente.

—Pero...

—Capitán, le ruego no oponga resistencia —dijo Shapper—. Las órdenes que tengo son de detenerle, incluso empleando la fuerza, si fuera necesario.

Dos fornidos policías militares aguardaban al pie de la veranda. Bane comprendió que todo alegato resultaría inútil.

—Bien, teniente, no pienso resistirme —dijo—. Pero supongo, el almirante no opondrá obstáculos a que me lleve algunos objetos personales.

—Ninguna objeción, señor —contestó Shapper cortésmente.

Momentos más tarde, Bane abandonaba la cabaña, con una bolsa de viaje en las manos. Shapper había inspeccionado su contenido, sin encontrar nada de particular.

Por fortuna, no se le había ocurrido registrarle personalmente. Bajo la camisa, llevaba la caja de control remoto, que le permitiría manejar el submarino en cualquier momento.

«Cuando esté libre», pensó.

* * *

El capitán Mac Crory era el jefe de inteligencia Naval. Mac Crory se sentía tan cansado como el prisionero, después de seis horas de interrogatorio ininterrumpido, durante las cuales habían consumido ingentes cantidades de café y cigarrillos.

—No he conseguido nada —dijo Mac Crory, despechado.

—¿Qué esperaba conseguir? —sonrió Bane—. Le he dicho todo lo que sé...

—Una historia completamente fantástica.

—Pregúntele al comandante del Evansmill, capitán.

—Ya he hablado con él —dijo Mac Crory secamente.

—Entonces, la historia no es tan fantástica.

—Lo es, mientras no encontremos a esa mujer.

—Estaba en mi casa, pero se marchó. No sé más.

Bane no quería declarar el secuestro de Teia. Prefería rescatarla por sí mismo. Teia podría sufrir un gravísimo *shock* emocional si se producían violencias. Bastante debía de estar padeciendo ahora, se dijo, para aumentar sus temores con una intervención de la Armada.

Mac Crory se levantó.

—Voy a dejarle, capitán. Continuaremos mañana —comentó.

Bane sonrió.

—¿Ha olvidado algo sobre derechos civiles, capitán?

—No lo he olvidado, pero éste es un asunto de la defensa nacional. Si va a mencionarme a su abogado, olvídelo; aquí no tiene nada que hacer.

El oficial se dirigió hacia la puerta.

—Por supuesto, está alojado a cuenta de la Marina, Pero no olvide que hay un centinela armado en la puerta, capitán —se despidió.

Bane estaba en una habitación amueblada discretamente, aunque con las comodidades mínimas que cabía esperar en una base naval. Incluso disponía de un cuarto de aseo. Pero las dos ventanas estaban protegidas per una sólida red de acero.

Al quedarse solo tanteó la red con las manos. Imposible cortar aquellos hilos de metal sin herramientas adecuadas. Y aunque lo consiguiera, ¿cómo abandonar la base?

Al anochecer, le sirvieron la cena. Comió con buen apetito y luego se tendió en el camastro. Trató de dormir, pero estaba desvelado.

Teia le preocupaba. ¿Qué haría la joven a bordo del yate de Nell?, se preguntó.

Las horas transcurrieron lentamente. De súbito, oyó una voz al otro lado de la ventana.

—Eh, capitán...

Bane se levantó de un salto.

El sonriente rostro de Dick era visible al otro lado del entramado metálico.

—He venido a sacarle de aquí —dijo, a la vez que le guiñaba el ojo alegremente.

CAPÍTULO VIII

—Esta base ya no es lo que era antes. Cuando el almirante tose, se sabe en la última taberna de Agaña, antes de que tenga tiempo de quitarse la mano de la boca —dijo Dick irónicamente.

Bane vio que su segundo aplicaba algo a uno de los lados de la ventana enrejada.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un soldador a pilas, claro que le he dado más potencia. Por favor, apártese, capitán.

Bane retrocedió un par de pasos.

—Pero el centinela...

—No se preocupe.

Dick aplicó el extremo de la pistola a uno de los alambres y presionó el interruptor. Brilló una chispa muy intensa y el alambre quedó cortado en menos de un segundo.

El soldador era absolutamente silencioso. Dick trabajó sin prisas, pero con toda eficacia. Cada disparo fundía uno de los alambres. Al fin, con uno de los alicates que había traído consigo, retiró las mallas, que se habían calentado considerablemente durante la operación.

—Ya puede salir, patrón.

Bane colocó una manta doblada sobre el antepecho y pasó al otro lado. Dick le dio una palmada en el hombro.

—Aguarde un momento, capitán.

El «chamorro» dio la vuelta a la esquina. Momentos después, volvía con el fusil del centinela, que arrojó sobre el camastro.

Bane se sentía pasmado de la absoluta tranquilidad que demostraba su segundo. Dick vio la cara que ponía y se echó a reír.

—El centinela está dormido como un tronco. Cuando despierte, se encontrará con una escoba en las manos —dijo burlonamente—. ¿Vamos?

Los dos hombres echaron a correr, pero no se alejaron mucho del edificio. A los cincuenta pasos, Dick se detuvo y levantó una trampilla metálica que había en el suelo.

—Por aquí, capitán.

Bane descendió por los peldaños de una escalera metálica, adosada a la pared de aquel pozo. La trampilla había quedado ya cerrada. De pronto, notó que se encendían algunas lámparas.

Miró hacia abajo. El olor le indicó que se encontraban en una cloaca. Momentos después, ponía el pie en un andén lateral. Por el centro, corría un arroyuelo de aguas oscuras y apestosas.

Dick se reunió con él instantes después.

—Hace años, yo trabajaba como auxiliar en la base —dijo—. Me

conozco el subsuelo mejor que el almirante el asiento de su sillón. Ahora —continuó—, la vigilancia está muy descuidada y de eso tiene la culpa la buena situación internacional. Si yo fuera ruso o chino y tuviera ganas de gresca, menudo susto les iba a dar.

Bane rio, complacido de la astucia demostrada por el «chamarro».

—A mí no se me hubiera ocurrido, en efecto —convino.

—Se armará una buena cuando el centinela despierte y quiera disparar con la escoba —dijo Dick, riendo desaforadamente—. ¿Vamos, capitán?

Dick echó a correr, seguido de cerca por Bane. El nativo, efectivamente, conocía a la perfección la red de alcantarillado de la base. Un cuarto de hora más tarde, se detuvo y empezó a ascender por un pozo vertical.

Dick abrió la tapa con grandes precauciones y miró a todas partes. Luego la echó a un lado y saltó fuera. Bane le imitó segundos después.

Atónito, vio que se hallaban fuera del recinto de la base. La valla de alambre que la delimitaba estaba situada a unos doscientos metros de distancia.

—Este registro sí estaba bien cerrado, pero lo reventé sin dificultades —explicó Dick—. Capitán, su camioneta está lista a unos cuatrocientos metros.

Bane dirigió una mirada hacia la base.

—Y todos duermen...

—Hombre, alguno hay despierto en los radares y cuartos de comunicaciones, pero ¿quién piensa en las alcantarillas, a menos que vaya al cuarto de baño?

Dick soltó una silenciosa carcajada y reanudó la marcha. Unos minutos más tarde, estaba sentado tras el volante de la camioneta.

—Capitán, el bote está atrás —dijo.

—Lo has previsto todo —manifestó Bane, admirado.

—Imaginé que querría volver al submarino. ¿O no?

Bane dio una palmada en el hombro dé su piloto.

—Has acertado —admitió.

—Si no le importa, me gustaría acompañarle, capitán.

—No hay inconveniente, pero ¿qué dirá tu mujer?

—Lo sabe y quiere que le ayude. A propósito, he puesto algunos víveres en el bote. No estorbarán, me imagino.

—Por supuesto.

La camioneta se había puesto en movimiento. Dick condujo hasta un punto del litoral completamente desierto. Llevaron el bote a la playa y luego trasladaron las cajas de provisiones. A continuación, Dick escondió la camioneta en un lugar donde no resultase fácil verla. Cuando terminó, ayudó al joven a lanzar el bote al agua.

—Usted no cree que Nell Liddman haya zarpado rumbo a San Francisco —dijo el «chamorro».

—No, en absoluto —respondió Bane firmemente.

* * *

Teia se puso en pie, cuando oyó que se abría la puerta de la cámara a la que había sido conducida tras su secuestro. Sentíase vivamente indignada, pero pensó que lo mejor sería adoptar una actitud neutra, que no expresara con claridad sus sentimientos. Nell Liddman apareció en el umbral de la puerta, deteniéndose a un paso de la entrada, los pies ligeramente separados y las manos a la espalda.

—Voy a pedirte un favor —dijo.

—Si está en mis manos...

—Lo está. Quiero que te comuniques con Wahaihoo. Tal vez los aparatos de transmisión de mi buque no sean tan perfeccionados, pero en Wahaihoo sabrán captar la llamada.

—No entiendo —dijo la prisionera—. ¿Por qué quieres que les llame?

—Necesito hablar con Juss-Odd. Deseo hacerle una proposición.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—No. ¿Quieres venir a la cámara de comunicaciones?

—Iré, pero será inútil.

Nell enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—Wahaihoo ya no está en su emplazamiento. La ciudad fue trasladada, y no, sé adónde pudieron haberse marchado.

Nell miró fijamente durante unos segundos a la prisionera. Luego, de súbito, se echó a reír.

—¿Crees que voy a tragarme esa estúpida historia? La ciudad no era uno de vuestros submarinos; estaba firmemente anclada al suelo...

—Lo siento, es la pura verdad. Es más, te diré que ignoro en absoluto los motivos del cambio de emplazamiento. Iré al cuarto de comunicaciones, pero perderemos el tiempo. Además, si sabes que puedes conseguir que tus señales sean recogidas, ¿por qué no las haces tú en persona?

Nell se mordió los labios.

—Tengo mis motivos —dijo.

—Me parece que los conozco. Mataste a Rohh. Vimos el submarino hundido y el cadáver de Rohh en su interior.

—¡El no quiso...! —Nell había empezado a gritar, pero se contuvo de inmediato—. Vamos, acompáñame.

Teia vio los dos hombres armados que había al otro lado del

pasillo y comprendió que no tenía alternativa. Sosegadamente, sin mostrar el menor temor, acompañó a Nell hasta el cuarto de comunicación. Para un yate privado, era completísimo, pero, en comparación con los de Wahaihoo, resultaba de una pobreza deprimente.

Nell señaló un aparato.

—Es el emisor de ondas de baja frecuencia, combinadas con rayos láser y ondas ultrasónicas —indicó—. El capitán Worcester te enseñará su manejo.

Teia miró un instante al hombre que estaba en la cámara y luego a la dueña del buque.

—¿Qué es lo que debo decir? —preguntó.

—Sencillamente, quiero que envíen un submarino a la superficie, para trasladarme y hablar personalmente con Juss-Odd. Diles también que tienen veinticuatro horas de plazo. Pasado ese tiempo, destruiré la ciudad.

* * *

Dick se refregó los ojos con las manos, como si no creyera en la visión de la nave que acababa de emerger a unos metros de distancia. El submarino no tenía la forma convencional de los que él conocía, sino que parecía más bien una lenteja alargada, de contorno ovoidal, con dos pequeñas aletas en la popa y la proa casi en «morro de tiburón». El tamaño de la nave, sin embargo, le pareció muy respetable.

Bane hizo maniobrar el bote hasta meterlo por la escotilla lateral. Luego de haber cerrado, expulsó el agua y abandonó la embarcación, que quedó fijada al suelo automáticamente.

Con el aparato de control remoto abrió una escotilla en el techo. Por medio de una escalera, subió a la cámara de mandos. Dick, atónito, le seguía sin ánimos para pronunciar una palabra.

Una vez en la cámara de mandos, Bane hizo que la nave se sumergiera, a fin de escapar a la posible detección de unidades de la armada. Al llegar a los dos mil metros, estabilizó y marcó el rumbo, conectando al mismo tiempo el piloto automático. Los días pasados en el fondo con Teia le habían servido para aprender a pilotar la nave, cuyo manejo, por otra parte, no presentaba demasiadas dificultades. Asimismo dejó conectado un detector, con avisador acústico y luego se levantó, para enseñar a Dick el resto de la nave.

—Capitán, no acabo de creérmelo —exclamó el «chamorro»—. Este trasto es una maravilla. Un hombre solo puede manejarlo...

—Así es. Comparado con este submarino, cualquiera de los

nuestros a pesar de sus adelantos, parecen embarcaciones de la época romana. Ven, Dick.

A dos mil metros de profundidad, el submarino se movía velozmente a unos ciento veinte kilómetros a la hora. La cáscara antigravedad que lo rodeaba por completo, evitaba la fricción del agua, con lo que su marcha resultaba sumamente fácil.

Bane calculó que tardarían cosa de dos horas en alcanzar el punto donde suponía debía hallarse el *Silver Seagull*. Acomodaron el contenido de las cajas de víveres y luego dio a probar a Dick un plato de comida de la dispensadora de alimentos de! submarino. Dick no se sintió demasiado satisfecho del sabor de su desayuno.

—Pero, al menos, alimenta —dijo Bane.

De pronto, sonaron unos leves tañidos.

—Tenemos un barco en las inmediaciones —exclamó el joven—. Vamos, Dick.

Los dos hombres corrieron hacia la cámara. Los indicadores dijeron a Bane bien pronto que tenían un par de destructores en las inmediaciones.

—Dick, siéntate; vamos a realizar una maniobra de evasión.

El segundo obedeció. Los atalajes de seguridad se colocaron automáticamente en tomo a su cuerpo. Un segundo más tarde, notó que el submarino se lanzaba verticalmente hacia las profundidades del océano.

Por encima de ellos, estallaron más tarde varias cargas de profundidad. Pero la cota a la que habían llegado les preservaba por completo de sus efectos. A siete mil metros, Bane niveló y se soltó los arneses de seguridad.

—Bueno, estamos fuera de peligro —exclamó.

Dick tenía el rostro brillante a causa del sudor.

—He pasado mucho miedo —confesó.

—Es una nave perfecta, indestructible —sonrió Bane.

En pie, frente a la consola de instrumentos, trató de localizar el yate de Nell Liddman. De pronto, una de las pantallas devolvió un eco.

—Me parece que ya lo tengo…

Bane se interrumpió. El eco, que se reflejaba en un punto anaranjado, pareció partirse de pronto en dos mitades, una de las cuales descendió vertiginosamente hacia el fondo del océano.

—¿Qué diablos es eso? —exclamó.

El segundo eco visual se movía abajo con enorme rapidez. Bane movió los mandos, tratando de calcular la distancia exacta.

De repente, aquel punto se multiplicó en miles de otros del mismo color, pero infinitamente más pequeños. Durante un segundo, Bane creyó ver en la pantalla la explosión de un pequeño sol.

De pronto, recordó que Teia le había enseñado el manejo del

proyector especial, que permitía la visión de los objetos a varios kilómetros de distancia. Cuando se disponía a conectarlo, una fuerza brutal golpeó al submarino con terrible violencia. Bane y Dick, desprevenidos, fueron despedidos a lo lejos y rodaron por el suelo, que se agitaba como sacudido por un terremoto de indescriptible potencia.

CAPÍTULO IX

Frente al transmisor, Nell miró a su prisionera con ojos llenos de malignidad.

—Han pasado las veinticuatro horas y no han contestado. ¿Sabes lo que voy a hacer?

Permaneció silenciosa. Nell tenía el índice apoyado en un botón rojo, situado en el cuadro de mandos.

—En San Francisco compré todos los elementos necesarios —continuó Nell, sin quitar los ojos de su cautiva—. No me fue difícil por otra parte, aunque también he de decir que conté con las máximas facilidades para ello. El capitán Worcester, por otra parte, ha colaborado activa y competentemente en la fabricación del artefacto. No es una bomba atómica, pero sí una máquina cargada con U-E.50, el explosivo paranuclear, cuya potencia es de unas cincuenta veces superior a la de la dinamita convencional.

»Hay cinco toneladas de U-E.50, lo que equivale a doscientas cincuenta de dinamita, y la carga está en el interior de un tubo de acero, de la suficiente resistencia para evitar que las presiones del fondo lo aplasten. También le hemos colocado una espoleta batimétrica, de modo que la explosión se producirá a diez mil quinientos cincuenta metros de profundidad. No hay cúpula submarina que pueda resistir los efectos de semejante explosión, porque es preciso tener en cuenta no sólo la expansión de los gases producidos por la deflagración del U-E.50, sino también la onda explosiva, mucho más intensa en el medio submarino que en la superficie. A propósito —añadió Nell con falsa displicencia—: U-E.50 quiere decir "ultraexplosivo". La cifra como puedes comprender, representa su potencia con respecto a la de la dinamita. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente —contestó la joven sin pestañear.

—Pero disponemos de dos bombas. Una de ellas estallará a unos siete mil metros de profundidad. Será como una especie de aviso. La otra, si no hay respuesta a esa «llamada», será disparada sesenta minutos después.

—Repito que la ciudad no está en su emplazamiento —dijo Teia.

Nell lanzó una risita malévola. De repente, hundió el índice.

Se oyó un ligero chasquido. Alguien, a través de un altoparlante, anunció:

—¡Bomba lanzada!

—Controlen velocidad —pidió Worcester.

—Diez metros por segundo —dijo el operador—. Doce..., quince... Veinte... Veintidós..., veinticinco... Alcanzará la cota de explosión en

cuatro minutos y treinta y nueve segundos.

Nell volvió ligeramente los ojos hacia la prisionera.

—Espero que sepan entender el aviso —dijo.

La voz monótona del operador continuaba informando del camino recorrido por la bomba. De pronto, dijo:

—Profundidad, seis mil novecientos metros. Espoleta, a punto de funcionar... ¡Ya ha funcionado!

Transcurrieron algunos segundos. De pronto, un sordo rugido brotó de las profundidades del océano. Parecía el bramido de algún gigantesco leviatán, despertado inopinadamente de su sueño por algún importuno. Pocos segundos más tarde, una atronadora columna de espumas subió a gran altura, pero a la distancia suficiente del yate como para evitar daños innecesarios.

A pesar de todo, el yate se agitó bastante, hasta que las aguas volvieron a calmarse. Inesperadamente, se oyó un seco chasquido en el costado de babor.

Alguien lanzó un horrible alarido.

—¡Nos han torpedeado!

Worcester se sobresaltó horriblemente.

—Pero ¿quién diablos...?

Se oyó un agudísimo chillido.

—El barco se hunde. ¡Sálvese quien pueda!

Nell parecía aterrada.

—E... esto no puede ser…

Otro chasquido sacudió el casco del buque. La nave se tambaleó. Nell buscó un punto de apoyo. Su mano presionó el disparador de la segunda bomba.

Teia se dio cuenta de que el hundimiento del yate era inevitable y abandonó la cámara, para salir a la cubierta en busca de la salvación. Fuera, reinaba una confusión indescriptible. Los tripulantes del barco se peleaban salvajemente por un sitio en los botes de salvamento.

De repente, algo asomó fuera de las aguas. Teia lo vio y el instinto le hizo ver inmediatamente lo que podía ocurrir.

Nell y el capitán Worcester, aturdidos, estaban junto a ella. La joven lanzó un agudo grito:

—¡Vengan conmigo, a la otra banda, rápido, o no podremos salvamos!

El yate tenía una acentuada escora a babor. Teia entró en la cámara de control, justo en el momento en que aquella cosa emitía un rayo de vivísima luz roja, que calcinaba cuanto tocaba.

Los alaridos de los tripulantes al sentir el fuego abrasador eran espeluznantes. Teia consiguió llegar a la otra banda y, sin más dilación, se arrojó al agua, Nell y Worcester la siguieron inmediatamente.

* * *

El movimiento del mar se calmó bastante y Bane pudo ponerse en pie, dolorido, pero sin mayores daños.

—¡Dick! —llamó,

—Aquí, capitán. No se preocupe; estoy bien.

Bane corrió a la consola de instrumentos. El punto que señalaba la posición del yate continuaba en el mismo sitio. Se preguntó qué era lo que había producido la explosión.

—¡Mire, capitán —exclamó de pronto el «chamorro»—. Han lanzado otra bomba. ¿O no fue eso una bomba?

Bane conectó el reflector especial, conectándolo a un objetivo de televisión, dotado de zoom. A los pocos segundos, pudo captar la imagen de un largo cilindro de metal, que descendía hacia el fondo con creciente rapidez.

—Dick, prepárate para la siguiente explosión —dijo.

Transcurrieron algunos minutos. Bane, extrañado, observó que no había explosiones de ninguna clase. De repente, apareció algo en la pantalla y sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡El yate! ¡Se hunde! —gritó.

Dick sintió un terrible escalofrío. El *Silver Seagull* se hundía en las profundidades del Pacífico, volteando como hoja muerta. La claridad de la imagen les permitió ver los dos boquetes que había en uno de los costados.

—Ha sido torpedeado —exclamó—. Pero ¿quién...?

La distancia aparente era de unos cien metros. Dick observó los agujeros con gran detenimiento y meneó la cabeza.

—Capitán, no ha habido torpedeamiento —aseguró.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Ya le dije que había servido un tiempo en la base de Agaña. Los torpedos actuales llevan una carga de seiscientos kilos de U-E.50. ¿Ha oído hablar usted de ese nuevo explosivo?

—Sí, lo fabrica la Liddman Explosives United... ¡Diablos! —exclamó el joven—. Esa fábrica pertenece al padre de Nell.

—Exactamente, entre otros muchísimos negocios. Pero si hubiera sido un torpedo de la armada, el yate estaría ahora convertido en trocitos no más grandes que la suela de mis zapatos.

Las manos de Bane se crisparon súbitamente.

—Teia estaba en ese yate —dijo con sombrío acento.

—Capitán, puede haber supervivientes. ¿Por qué no emergemos? —sugirió el «chamorro».

Bane hizo una profunda inspiración.

—Sí, vamos arriba —convino—. Será mejor que nos sentemos,

Dick; voy a subir como un cohete.

—Muy bien, capitán.

Segundos después, el submarino levantaba el morro. Bane conectó todos los detectores. Debía de haber rastros de naufragio, botes salvavidas con supervivientes...

Pero cuando llegaron a la superficie, no encontraron otro rastro que algunas tablas sueltas y cajones vacíos. Ni siquiera había cadáveres flotando sobre las aguas.

En aquel punto, directamente sobre la máxima profundidad marina, el océano Pacífico aparecía completamente desierto.

Por unos momentos, Bane pensó que se habría equivocado en sus cálculos al emerger. Pero cuando, además de aquellos pocos restos, vio manchas de aceite, se convenció de que, definitivamente, el naufragio del *Silver Seagull* se había producido sin supervivientes.

En silencio, lloró por Teia.

* * *

Nadando con cierta rapidez, Teia, Nell y el capitán Worcester pudieron esquivar el remolino causado por el hundimiento del yate, lo que les hubiera arrastrado irremisiblemente a las profundidades del océano. Teia ganó un tablón y se asió con ambas manos a aquel improvisado salvavidas.

Worcester alcanzó mi cajón vacío. Nell se situó junto a la que ya no era su prisionera.

—Ha sido uno de tus submarinos —dijo, rencorosa.

—No lo creo, pero, aun así, tenían todo el derecho de defenderse, me parece.

De súbito, Worcester, a unos pocos metros de distancia, lanzó un agudo grito:

—¡Miren, a su izquierda!

Las dos mujeres volvieron la cabeza. Una forma metálica, ahusada, se movía lentamente hacia el lugar del naufragio.

Nell lanzó un chillido de pánico. Teia contempló con ojos críticos el aparato que se les acercaba a velocidad muy reducida.

La nave se detuvo momentos después. Una escotilla se abrió y varios hombres, vestidos con monos de color gris muy oscuro, aparecieron en la cubierta.

—¡Vengan! —gritó uno de ellos.

—Nos van a secuestrar —gimió Nell.

—La secuestradora, secuestrada —se burló Teia, a la vez que nadaba hacia el submarino—. Pero si prefieres morir ahogada...

Nell comprendió que no tenía opción. Resignada, braceó para

acercarse a la nave que había hundido su yate. Worcester imitó a las dos mujeres.

Los tripulantes lanzaron unos cortos cabos para ayudarlas a llegar a la escotilla. Momentos después, los supervivientes del naufragio se encontraban en el interior de la nave, mojados por completo, pero a salvo.

Un hombre se hizo visible de pronto en la cámara a la que habían sido conducidos tras el rescate.

—Soy Dotter, capitán de este buque —se presentó.

—Me llamo Edward Worcester y era el capitán del buque que ustedes han hundido. Señor, protesto enérgicamente por esa acción incalificable...

Los ojos de Dotter llamearon. Era un hombre alto, delgado, de pómulos sumamente acusados, en cuyo mono de uniforme se veían tres discos dorados, seguramente, la insignia de su grado. Dotter no dejó que el capitán del *Silver Seagull* continuase hablando.

—Ustedes nos atacaron y yo tomé represalias, simplemente. Capitán, su bomba estuvo a punto de hundirnos. Después de eso, ¿se atreve a protestar?

—Pero nosotros ignorábamos...

—Son ustedes mis prisioneros y no admitiré ninguna protesta —dijo Dotter fríamente—. Sin embargo, me imagino que una de las dos mujeres no ha nacido en este planeta.

Los ojos de Dotter se posaron sobre el rostro de Teia, quien permanecía impasible.

—Mientras estaban en el agua, utilicé el psicodetector. Sus ondas mentales, señorita, tienen los rasgos inconfundibles de las personas nacidas en Wahaihoo. ¿Me equivoco?

Teia hizo una profunda inspiración. De nada servía negar la evidencia, se dijo.

—Es cierto, capitán.

—Necesito de sus servicios... ¿Cómo se llama?

—Teia.

—Queremos localizar Wahaihoo. Usted puede ayudarme a conseguirlo.

—Oiga, capitán Dotter, yo soy Nell Liddman. Ya sé que mis protestas no van a servir de nada, pero, al menos, díganos si nos va a tener mucho tiempo prisioneros —terció la joven terrestre.

Dotter se inclinó galantemente.

—Todo el tiempo que sea necesario —respondió—. Ahora mismo les traerán ropas secas y alimentos. Usted, Teia, venga conmigo.

—Tienes suerte —dijo Nell rencorosamente—. Los tuyos te han rescatado...

—Te equivocas, no son los míos. El capitán Dotter y sus

tripulantes proceden de Shnappovgr y hace ya muchos años, según el cómputo terrestre, que nos buscan, y no precisamente para ayudarnos a sobrevivir —contestó la muchacha.

—Son problemas que podrían llamarse de tipo político, entre dos mundos diferentes, de un mismo sistema solar —aclaró Dotter—. Lo malo es que uno de esos mundos ha sido ya destruido.

Worcester se sentía atónito. ¿De veras estaba en presencia de unos seres extraterrestres?

—Ven, Teia —dijo Dotter.

Todavía con las ropas mojadas, Teia fue conducida a la cámara de mando de la nave submarina. Los expertos ojos de la muchacha apreciaron en cuestión de segundos la posición de los distintos controles.

—Tú conoces el código de Wahaihoo —dijo su secuestrador—. Úsalo para lanzar una llamada de aviso. Quiero hablar con vuestro jefe.

Teia se acercó lentamente a la consola de mando. Además de Dotter, había varios individuos más, todos ellos vestidos de la misma forma y armados con cierta clase de pistolas que ella conocía muy bien.

—Haré la llamada, pero no garantizo la respuesta —dijo, tras unos segundos de reflexión.

—¿Por qué? —preguntó Dotter.

Teia se situó en posición ligeramente oblicua con respecto a la consola de mandos. De este modo, sus manos quedaban ocultas a la vista de los hombres que había en la cámara.

—Wahaihoo ha cambiado de emplazamiento y no tengo la menor idea del lugar en que se encuentra ahora —respondió—. No obstante, haré la llamada, pero, repito, no confío en la respuesta.

Mientras manejaba los controles, tocó disimuladamente un par de teclas. Rogó en silencio para que nadie se diera cuenta de que acababa de desconectar el sistema que hacía a la nave no solamente indetectable, sino también invisible.

Teia estaba absolutamente segura de que, tarde o temprano, Bane acudiría a rescatarla con el submarino. Para eso había dejado, con todo disimulo, el aparato de control remoto que, a poco que Bane supiera discurrir, le permitiría utilizar la nave.

CAPÍTULO X

Después de que Bill Bane se hubiera convencido de que no había supervivientes, hizo descender el periscopio y ocultó la nave a unos pocos metros bajo la superficie.

—Ella ha muerto, Dick.

El «chamorro» asintió en silencio.

—Lo siento de veras, capitán —dijo—. Tengo la impresión de que se había enamorado de esa chica.

—Era muy hermosa, pero cuando uno se enamora no ve solamente la belleza física, Dick.

—Sí, es cierto. Mi mujer no es muy guapa, pero no la cambiaría por ninguna otra. ¿Un cigarrillo, capitán?

Bane inhaló el humo distraídamente. Tendría que dejar de pensar en Teia, se dijo.

El submarino flotaba entre dos aguas. Durante unos minutos, los dos hombres permanecieron en silencio.

—Dick, cuando volvamos a Agaña nos vamos a ver metidos en un buen lío —dijo Bane, rompiendo el silencio.

—No será para tanto, capitán. ¿Qué pueden hacerle a usted? No ha robado nada, ni causado daños físicos… Usted puede negar todo, si le parece, y hasta puede acusarlos de detención ilegal, por mucho énfasis que pongan en el «supremo interés de la patria». En cuanto a mí, ni siquiera saben que le ayudé a evadirse.

—Habrán ido a buscarte a tu casa, Dick.

—Y mi mujer les habrá dicho que estoy pescando. Pero si la chica ha muerto, usted, más que una fortuna, tiene un problema entre las manos.

—¿De veras?

—Usted tiene un submarino como no hay otro en la Tierra. Sabe manejarlo, es cierto, pero desconoce el funcionamiento de su maquinaria. Un día u otro se le acabará el combustible…

—No dejaré que nadie se aproveche de esta máquina maravillosa —contestó Bane resuelto—. Cuando me dejen libre en la base naval, saldremos un día con la goleta y hundiré el submarino en el punto más profundo del océano. Utilizaré el control remoto y luego lo arrojaré también al mar.

Miró a derecha e izquierda.

—Es una lástima. Me hubiera gustado tener un retrato de Teia — suspiró.

De repente, se oyó un leve tañido a bordo.

—¡Tenemos una nave en las inmediaciones! —exclamó Dick, alarmado.

* * *

Bane no se demoró en actuar. Lo primero que hizo fue disparar el submarino hacia abajo. Mientras la nave descendía a máxima velocidad, estudió las indicaciones de los detectores.

—La otra nave está a siete kilómetros al sudeste y a unos cuatro mil quinientos metros de profundidad —dijo, momentos después—. Debe de ser otro submarino de Wahaihoo...

De pronto, Dick alargó la mano.

—Capitán, fíjese en ese eco —exclamó—. Aparece y desaparece... ¿No le da la sensación de que es un mensaje en morse?

Las cejas de Bane se juntaron. ¿Por qué se producía aquel extraño fenómeno?

—Sí, es morse... —Miró un instante el cuadro de instrumentos y añadió—: Hay alguien que conecta y desconecta el sistema de detección... y nuestra nave lo capta...

Dick deletreó el mensaje:

—Bill, ¿estás ahí?

Bane se puso rígido.

—¿Quién demonios quiere saber...?

—Capitán, sólo una persona podría formular semejante pregunta.

Bane se metió un puño en la boca. Los destellos seguían produciéndose en la pantalla.

—Si recibes mis señales, te diré que estamos en una nave enemiga de Wahaihoo. Nell y su capitán consiguieron salvarse, lo mismo que yo. He desconectado los sistemas antidetección. Ten cuidado, no sólo son peligrosos, sino despiadados. No envíes ninguna señal de respuesta; en todo caso, intentaría repetir el mensaje más tarde.

—Dios mío —exclamó Bane—. ¡Es Teia! ¡Se ha salvado!

—Déjese de comentarios, capitán. Ella sigue dándole instrucciones.

Bane fijó la vista en la pantalla, Teia concluyó su mensaje:

—Antes de utilizarlo, haz un par de pruebas. Ten cuidado, cariño.

Bane se volvió maravillado a su segundo.

—Se salvaron, pero los secuestraron otros...

—Y ella le ha indicado la forma de rescatarla, pero también le advierte que son unos malos bichos. Capitán, antes de hacer nada, ¿está seguro de que tiene conectados sus sistemas antidetección?

Bane lanzó un vistazo al cuadro de instrumentos.

—Están conectados, Dick —afirmó.

—Entonces, pongamos manos a la obra.

—Sí, es lo mejor.

A siete mil metros de distancia, Teia se volvió hacia su jefe de los

secuestradores.

—Lo siento —dijo—. Tú mismo has podido darte cuenta de que no recibo respuestas de la ciudad. Si quieres intentarlo...

Dotter hizo un gesto despectivo con la mano.

—Las señales que has enviado pueden llegar muy lejos —contestó —. Si quieren respondemos, ya lo harán, pero les daré un plazo prudencial.

—Pasado el cual, si no has recibido respuesta, nos matarás.

Dotter no contestó directamente.

—Al menos, te daré ropa seca y comida —dijo—. Ven, sígueme.

Minutos más tarde, Teia se encontraba de nuevo en compañía de Nell y el capitán Worcester.

—¿Qué le han dicho esos monos? —preguntó la joven.

Teia la miró fríamente.

—Usted no puede cambiar de modo de pensar, ¿eh? —dijo, irónica—. Está bien, ahora se encuentra en la misma situación en que me tuvo a mí cuando me secuestró. He enviado un mensaje a la ciudad submarina. Si no recibimos respuesta en un plazo prudencial, nos matarán.

Worcester dio un respingo.

—¡Demonios! Pero... nosotros no les hemos hecho nada...

Nell meditó unos segundos. De pronto, tomó una decisión y llamó a la puerta de la cámara. El centinela que había al otro lado abrió casi en el acto.

—¿Qué deseas? —preguntó.

—Avisa a tu capitán. Quiero hablarle —dijo Nell,

—Está bien.

La puerta se cerró. Sonriendo de un modo extraño, Nell se volvió hacia los otros dos.

—Es posible que yo consiga el indulto de esa sentencia de muerte que pende sobre nosotros —dijo.

* * *

—¡Ahí está, capitán!

El submarino se movía lentamente bajo las aguas. Los reflectores enviaban la luz suficiente para que el objetivo de la cámara pudiera enviar sus imágenes a la pantalla.

La nave enemiga era de dimensiones muy superiores a las de Bane. El joven recordó las instrucciones que le había dado Teia. ¿Se habrían dado cuenta de que estaba a menos de dos mil metros de distancia?

El otro submarino permanecía absolutamente inmóvil, a unos seis

mil metros de profundidad. Había descendido mil quinientos metros en los últimos minutos. Bane pensó que debía de ser una medida de seguridad tomada por su comandante.

Con las manos en los controles, hizo que el submarino se acercase poco a poco a su objetivo. Teia estaba al otro lado, pero debía actuar con el mínimo de precauciones, a fin de evitar que la muchacha sufriese daños. Teia no había facilitado informes sobre el número de tripulantes del otro submarino y éste era un dato muy importante que no debía descuidar.

Metro a metro, el submarino fue avanzando, hasta que, al fin, la otra nave fue visible a ojo desnudo, a través de las lucernas de la cámara de mandos. En el casco del otro submarino no se divisaban cifras ni insignias de ninguna clase.

—Bien —dijo Bane—, ahora viene lo más duro. Dick, si no te sientes con ánimos, quédate aquí...

—Ni hablar, capitán —respondió el «chamorro»—. Por nada del mundo me perdería este baile.

En la mano derecha tenía una especie de tubo, doblado en ángulo, que habían hallado en uno de los armarios de pertrechos de la nave. El tubo estaba dividido en dos partes, una más larga, de unos treinta centímetros de lado y dos de diámetro, y la otra, de doce por cinco. La parte más corta era una especie de culata, con algunas teclas de control y un indicador de energía.

Durante unos momentos, Bane se movió lentísimamente en sentido paralelo al costado del otro submarino. Luego descendió cinco metros.

—Ah, ahí está —dijo.

Bajo el casco, pero no situado completamente en la quilla, se veía un círculo de unos dos metros de diámetro, de color anaranjado muy vivo. Bane maniobró de modo que la popa de su submarino quedase a cuatro metros de aquel círculo y a dos más abajo. Luego, vigilando la maniobra por medio de la pantalla de televisión, tocó una tecla.

Un tubo de metal brotó del casco y se acercó muy lentamente al círculo. Bane tenía los ojos fijos en la consola de mando.

Súbitamente, se encendió una luz verde.

—¡Contacto! —exclamó—. ¡Vamos, Dick!

Bane se puso en pie de un salto. Como su segundo, llevaba también otro tubo. El aparato de control remoto estaba dentro de su camisa, sujeto por la cadenita que había pasado por su cuello.

Momentos después, abría la compuerta de una esclusa circular. El interior del tubo de conexión quedó a la vista.

Había quedado en posición inclinada, en un ángulo de, aproximadamente 45°. Para que pudiera ser utilizado en cualquier circunstancia, disponía de unos peldaños metálicos interiores, en

forma de U, con la base alargada. Bane se puso el tubo acodado en el cinturón y empezó a subir.

Al llegar arriba, vio que el disco anaranjado había girado a un lado. Se preguntó cómo era posible que en el interior del otro submarino no hubiese funcionado algún sistema de alarma.

Tal vez Teia lo había desconectado, pensó. Si era así, sus secuestradores no habían hecho un buen negocio.

Pasó a la esclusa. Por encima de sus cabezas había otra compuerta, en aquellos momentos techo de la esclusa. La escalerilla que permitía llegar hasta el techo estaba adosada a uno de los mamparos. Bane subió tres o cuatro peldaños y presionó la tecla de apertura.

La compuerta horizontal empezó a girar a un lado. De repente, Bane sintió un escalofrío.

¿Qué pasaría si se soltaba el tubo de conexión?

A seis mil metros de profundidad, la irrupción de las aguas se produciría en forma instantánea, irresistible, con una presión de seiscientas atmósferas. La catástrofe resultaría inevitable.

Alejó de sí aquellos pensamientos. Saltó al pasillo superior. En aquel instante, casi se dio de bruces con un hombre que caminaba en dirección opuesta.

El sujeto saltó instintivamente hacia atrás. Vio a un hombre vestido simplemente con camisa y pantalones cortos y, en el acto, comprendió que era un intruso.

Abrió la boca para lanzar un grito de alarma. En el mismo instante, un delgadísimo rayo de luz, no más grueso que un hilo, partió oblicuamente del suelo, alcanzando de lleno al tripulante.

El hombre se desplomó instantáneamente. Dick saltó al interior del pasillo.

—He actuado rápido —dijo a media voz.

Bane asintió. La sorpresa del encuentro le había impedido reaccionar con la debida rapidez. Dick había evitado un gravísimo contratiempo con su oportuna acción.

El cuerpo del tripulante fue arrojado a través de la escotilla. Bane la cerró a continuación. Luego lanzó una mirada hacia la puerta que había al fondo.

—Por allí —dijo.

Esta vez, tenía el tubo a punto. Pisando de puntillas se acercó a la puerta. Al fondo, en pie, junto a otra puerta, había un hombre vestido con un traje oscuro. Pendiente de su cinturón llevaba una pistola de extraña factura.

Bane adivinó que era el centinela que vigilaba a unos prisioneros. Podía matarle desde allí, pero le repugnaba hacer algo que le parecía un asesinato a sangre fría. No obstante, debía pensar en la vida de

Teia.

De pronto, se le ocurrió una idea.

Retirándose, en parte, asomó un poco la cabeza, a la que hacía señas con una mano.

—Eh —llamó suavemente.

El centinela volvió la cabeza. Intrigado, avanzó hacia aquella puerta. Dio dos pasos más y, de repente, un puño se abatió sobre su sien con tremenda fuerza.

Dick recibió en sus brazos el cuerpo del tripulante. Miró luego al joven y sonrió.

—Paso libre, capitán.

CAPÍTULO XI

—No es una propuesta demasiado interesante —objetó Dotter.

—¿Por qué no? ¿A qué has venido aquí? Te han encomendado una misión y, en cuanto la hayas cumplido, deberás volver a... ¿cómo se llama tu planeta?

—Shnappovgr.

Nell se echó a reír.

—Cuesta de pronunciar —comentó—. Bien, quedábamos en que debes volver a tu planeta. ¿Qué harás allí?

—Pues... vivir. ¿Te parece poco?

Nell se atusó el pelo con gesto deliberadamente incitante.

—Capitán, dime, ¿son hermosas las mujeres de tu mundo?

Dotter contempló con ojos críticos a la joven que tenía frente a sí. Era realmente hermosa y el traje que le había dejado se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Nell advirtió las codiciosas miradas que le dirigía el hombre y sonrió maliciosamente.

—La verdad, no sé qué me pasa... Juraría que este traje me aprieta un poco.

Se volvió de espaldas al hombre.

—No sé cómo se maneja este cierre —continuó—. ¿Por qué no me lo aflojas un poco?

Nell oyó claramente el deglutir de su secuestrador. Sonrió para sí; Dotter era un hombre muy ingenuo.

El cierre descendió unos centímetros.

—Más —dijo Nell—. Todavía me oprime un poco.

Dotter hizo lo que le pedían. Nell, deliberadamente, dejó los hombros al descubierto.

—Estás muy solo —murmuró con voz ardiente—. Necesitas alguien que haga más llevadera tu existencia. Y aquí en la Tierra, se vive tan bien...

Lanzó un hondo suspiro. Los labios de Dotter rozaban su hombro izquierdo mientras que los brazos ceñían fuertemente su talle.

—Eres muy hermosa —dijo él roncamente.

—En Shnappovgr debe de haber mujeres más bellas que yo...

—Ninguna es más bella que tú.

De pronto, Nell giró en redondo y se enfrentó con el hombre. Le miró sonriendo un instante y luego pasó sus brazos alrededor de su cuello.

—Dime, ¿para qué quieres ir a la ciudad submarina?

—Necesitamos apoderamos de... Pero ¿qué te importa a ti? —se extrañó Dotter.

—Oh, mera curiosidad. No contestes si no puedes..., pero ten

presente que yo estoy aquí, contigo... —Nell se pegó estrechamente a Dotter—. Tú eres un hombre y yo una mujer, me parece.

—La mujer más hermosa que he visto en mi vida —contestó él ardientemente.

Nell dejó que los labios del hombre recorrieran la piel del cuello y de su hombro izquierdo. Cegado por el ardor de la situación, Dotter no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que, de súbito notó que ella se separaba violentamente.

—Bien, amiguito —dijo Nell, riendo burlonamente—. Y ahora, si bien dejaré que sigas mandando el submarino, en realidad, obedecerás mis órdenes. ¿Está claro?

Estupefacto, Dotter contempló su pistola en la mano de la joven.

—¡Me has engañado! —gritó.

—Sí —admitió ella sin pestañear.

* * *

Bane y su segundo corrieron hacia la puerta que se había quedado sin centinela. Bane abrió inmediatamente.

Al otro lado, Teia sonrió.

—Sabía que vendrías —dijo,

Worcester tenía los ojos dilatados por el asombro.

—¿De dónde diablos sale este individuo? —exclamó.

—Somos dos —dijo Bane—. Le presento a mi segundo, Dick García. ¿Quién es usted?

—Stanley Worcester, capitán del *Silver Seagull* y prisionero de estos extraterrestres, como esta joven.

—Ya no son prisioneros. —Bane miró a la muchacha—. Recibí tus mensajes —añadió.

—Sabía que intentarías rescatarme —contestó ella—. ¿Dónde está mi nave?

—Unida a ésta por el tubo de conexión. Tus instrucciones me resultaron muy útiles.

Worcester asistía al diálogo con la boca abierta. Dick, junto a la puerta, vigilaba el corredor.

—Muy bien, ahora intentaremos marchamos. Pero ¿dónde está Nell? —se extrañó Bane.

—Dijo que quería hablar con el comandante de esta nave. Hace rato que se marchó, pero no sabemos nada de ella —respondió Teia.

Bane torció el gesto. Podían salvarse, pero no sentía el menor deseo de abandonar a Nell, a pesar de su comportamiento.

—Tendremos que ir a buscarla —dijo—. Teia, ¿sabes cómo se manejan las pistolas de estos tripulantes?

Ella asintió.

—Pero no nos gusta usar las armas —declaró.

—A veces, resulta irremediable. ¡Vamos!

Teia se hizo cargo de la pistola capturada. Cuando ya se disponía a salir, Bane se volvió hacia ella.

—¿Qué pasaría si ahora este submarino se pusiera en movimiento? —consultó.

—¿Lo dices por mi nave? No temas; el tubo no se soltará.

—Muy bien. Sigamos.

De repente oyeron gritos. Bane retrocedió vivamente.

Algo chasqueó agudamente. Bane y sus compañeros apenas si tuvieron tiempo de refugiarse de nuevo en la cámara. El joven dejó la puerta entreabierta, lo que le permitió ver a dos hombres que pasaban por delante a todo correr.

—¿Qué diablos pasará? —preguntó.

De repente, se oyó una voz que brotaba de varios altoparlantes:

—¡Atención todos! Depongan su actitud. Soy prisionero de la joven terrestre. Obedezcan mis órdenes.

—¡Es el capitán Dotter! —exclamó Teia, atónita.

—¡Caramba, esa chica ha demostrado ser más lista de lo que creía! —comentó Worcester, admirado.

Súbitamente, se oyeron pasos en las inmediaciones.

—Alguien viene —murmuró Bane—. Dick, aquí. Capitán Worcester, aparente naturalidad y simule obedecer.

—De acuerdo.

La puerta de la cámara se abrió de pronto.

—Tienen que seguirme —dijo uno de los tripulantes—. El capitán les llama a la cámara de mando.

—Está bien. ¿Vamos, Teia?

Worcester y la muchacha echaron a andar. El tripulante se situó detrás de ellos. Súbitamente, un brazo le rodeó el cuello, a la vez que una mano le despojaba de su pistola.

—Ni un grito más o eres hombre muerto.

Teia se volvió. Bane le guiñó un ojo.

—Pórtense como si realmente fueran prisioneros —les dijo. Apoyó la pistola en el costado del tripulante—. Tú irás delante, pero sin intentar avisar a los demás. Si haces un gesto sospechoso, te mataré.

El hombre asintió. Bane lo empujó hacia adelante.

—Guíanos —ordenó.

Bane avanzaba con gran cautela. Cuando vio que el tripulante iba a abrir una puerta, hizo una seña con la mano izquierda. Dick, comprendiendo el significado del gesto, se adelantó, para situarse a un lado, dispuesto a rechazar cualquier ataque.

La puerta se abrió. De espaldas a ellos, en pie junto a la consola de mandos, había un hombre y una mujer.

—Capitán Dotter, aunque eres mi prisionero, quiero ayudarte. Tienes una máquina perfecta y podemos localizar la ciudad sumergida. Los dos podemos obtener grandes beneficios de su conquista...

—Dudo mucho de que haya beneficios para usted, señorita Liddman —dijo Bane inesperadamente.

* * *

Al oír la voz del joven, Nell giró en redondo, con los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa. Dotter se volvió igualmente, no menos asombrado.

Nell hizo un movimiento brusco y Bane la encañonó con su tubo.

—Cuidado —advirtió.

—Es increíble —dijo Nell, tratando de rehacerse—. ¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí, capitán Bane?

—Soy un mago —rio el joven—. Nell, usted tiene prisionero al comandante de esta nave y los dos son mis prisioneros ahora. ¿No le parece risible?

—Me parece... —Nell se mordió los labios—. Bill, será mejor que tratemos de entendernos. Hay mucho que ganar en este asunto.

—Sí, claro... Teia, cierra la puerta, por favor.

La muchacha obedeció. Bane movió la mano.

—Capitán, Nell, apártense de la consola de mandos —ordenó—. Teia, vigila los instrumentos.

—Está bien.

Dotter enderezó el torso.

—¿Cómo han podido llegar hasta aquí sin ser detectados? —inquirió.

—Teia, explícaselo —dijo Bane, sonriente.

—Desconecté los sistemas antidetección, cuando tú me ordenaste emitir un mensaje a Wahaihoo.

Dotter apretó los labios.

—Nuestra nave es todavía muy imperfecta —se quejó—. Debería tener algún sistema para indicar determinadas desconexiones.

—A nosotros nos ha beneficiado —dijo Bane—. Bien, Nell, ¿cuál es su proposición?

—La ciudad submarina —contestó la aludida.

—¿Cómo?

—Rohh me contó muchas cosas. Nosotros no poseemos el secreto de la energía másica. Ahora podemos conseguirlo.

—De modo que era eso —murmuró Bane—. Debí sospecharlo…

—Te ha costado mucho entenderlo —rio Nell despectivamente,

—Quizá por eso tu papaíto te prestó el yate y te fabricó una bomba y te dio todo lo que pediste... ¿Qué no conseguiría el ya poderoso Hiram Walter Liddman con el secreto de la energía másica?

—¿Es ilegítimo ser ambicioso? —contestó Nell con voz chirriante.

—Hay ambiciones honradas... y otras que se basan en el atropello de los demás, en el crimen y en el derramamiento de sangre. Usted quiso destruir Wahaihoo, porque no conseguía sus propósitos. Ahora ha engañado al capitán Dotter. ¿A cuántos más engañará y matará antes de llegar a la cúspide?

—No he matado a nadie...

—Se olvida de Rohh. Se olvida de toda una tripulación que se hundió con el yate. Ahora mismo, si le pusieran en la mano el secreto de la energía másica, mataría a todos los que estamos a bordo del submarino. Nell, voy a decirle una cosa: vamos a rescatarla, pero la dejaremos en la Tierra, sin más que lo puesto. Jamás conseguirá llegar a la ciudad submarina... a menos que quiera ser juzgada por la muerte de Rohh.

—Así será —confirmó Teia solemnemente.

Los ojos de Nell emitieron un brillo demencial. Súbitamente, alzó su mano derecha, en la que aún tenía la pistola de Dotter. Pero en el mismo instante, el propio Dotter se arrojó sobre ella, con el fin de quitarle el arma,

Nell gritó horriblemente, como una poseída. De súbito, se oyó un seco chasquido.

Dotter dio un violento salto hacia atrás y cayó de espaldas. Con el rabillo del ojo, Bane vio un negro círculo en el centro del pecho del caído. Nell se tambaleaba, todavía afectada por la breve lucha, pero no había soltado su pistola.

De súbito, Dick envió una descarga. Los ojos de Nell amenazaron con desorbitarse un instante. Luego, de golpe, se derrumbó al suelo.

—Lo siento, no he tenido otro remedio que hacerlo —dijo el «chamorro».

—Era algo que tenía que suceder inevitablemente —murmuró Bane—. Capitán Worcester, usted ha visto lo que ha pasado.

Worcester asintió.

—Desde luego, pero ¿quién lo va a creer? —respondió.

Bane hizo un gesto dubitativo.

—Nell resultó peor de lo que yo creía —dijo—. Siempre pensé que era una mujer alocada, con la mente deformada por las inmensas riquezas de su padre. Divorcios, amoríos..., pero había heredado el carácter del fundador del imperio Liddman. Le parecía poco lo que tenía. Prácticamente, con el secreto de la energía másica, las empresas

Liddman hubieran dominando al mundo.

—Habría sido aterrador —calificó Worcester.

—Más vale no pensar en ello —dijo Bane—. Teia, ¿qué hacemos ahora?

—Es preciso que esta nave se vuelva a Shnappovgr —contestó la muchacha.

Bane arqueó las cejas.

—¿Cómo? ¿También puede volar por el espacio? —se sorprendió.

—Sí. Pero tendríamos que conseguir que se fuera, sin posibilidades de regreso —dijo Teia—. Y no se me ocurre ninguna idea.

—Shnappovgr puede enviar más naves, quieres decir.

—Exactamente. También ellos ambicionan el secreto de la energía másica —respondió la muchacha.

CAPÍTULO XII

—Son muy belicosos —continuó Teia—. Pudieron haber salvado a los habitantes de Wahaihoo de la muerte, pero dejaron morir a la inmensa mayoría. La energía másica no debe ser empleada para las guerras. Por eso emigramos a este planeta.

—Y ellos os siguieron...

—Tardaron mucho tiempo en localizarnos, pero al fin lo consiguieron. Seguramente, estaban dispuestos a destruir Wahaihoo, caso de no lograr sus propósitos. Yo pienso que éste fue el motivo del desplazamiento de la ciudad submarina.

—Eso significa que Wahaihoo volverá a su sitio, cuando se haya alejado el peligro.

—Es de suponer —convino la muchacha.

Bane se acarició la mandíbula.

—Aquí hay un puñado de hombres de Shnappovgr, pero me repugna la sola idea de matar a todos para que callen. Y si los dejamos ir libremente, podemos imaginar lo que sucederá después. ¿Qué hacemos?

Teia dio un paso hacia adelante.

—Déjame —pidió.

El índice de Teia se apoyó en una tecla. Inmediatamente se encendió una pantalla sobre la consola. El hombre que aparecía en imagen, dijo:

—¿Qué es lo que desean?

—Tú eres el segundo. Ven inmediatamente a la cámara —ordenó la muchacha.

La pantalla se apagó en el acto. Teia se volvió hacia Bane.

—No te extrañe que conozca el manejo de estos instrumentos. Nosotros los construimos hace muchísimos años.

—Sí, ya veo.

La puerta se abrió momentos después.

—Soy Reshan, segundo... ¡Diablos, el capitán ha muerto! —exclamó el recién llegado.

—Ella lo mató —dijo Teia—. Reshan, te ofrecemos dos opciones: regresar a Shnappovgr o morir. ¿Qué eliges?

El hombre respingó.

—Todavía somos muchos...

Dick le apuntó con su tubo.

—En estos momentos, usted es uno solo —sonrió.

—Te diré una cosa. Reshan —continuó Teia—. Jamás encontrarán Wahaihoo. Está destruida.

—Imposible...

—Es cierto —mintió la joven con todo descaro—. Y si no fuese cierto, ¿por qué no la encontró tu capitán?

Reshan pareció sorprenderse de aquella pregunta. Teia continuaba tomando la iniciativa.

—Nos marchamos —dijo—. Vigilaré tu partida. No olvides que nuestras naves son mucho más poderosas.

—¿Qué harás tú? —preguntó Reshan.

—Me quedo en la Tierra.

Reshan pareció dudar unos instantes. Al fin, se encogió de hombros.

—Supongo que no tengo otra alternativa —dijo.

—No la tienes —confirmó Teia sin pestañear.

—Está bien. Os acompañaré hasta el tubo de conexión.

—Ah, conoce el detalle —exclamó Bane.

Reshan sonrió.

—¿Cómo estaríais aquí, si no fuese por el tubo de conexión? —respondió—. Permíteme un instante, Teia.

Reshan se acercó a la consola de mandos.

—Los extraños se marchan —dijo—. No les pongan impedimentos.

Luego se volvió.

—La tripulación está ya advertida —añadió,

—Bien, no perdamos más tiempo —dijo Bane, impaciente.

—Cada vez me siento más nervioso —declaró Worcester—. Verdaderamente, tengo ganas de largarme de aquí.

Teia fue la primera en salir. Los hombres con quienes se encontraban en su camino, se apartaban respetuosamente para dejarlos pasar.

Momentos después, se encontraban en la esclusa. Worcester y Dick fueron los primeros en cruzar el tubo. Bane hizo un ademán.

—Ahora tú, Teia.

Ella movió la cabeza.

—Tú, Bill.

Bane vio algo extraño en los ojos de la muchacha y se adentró en el tubo. Cuando ya llegaba al casco de la otra nave, percibió un ligero chasquido.

Levantó la cabeza. Teia se lanzaba hacia abajo, como si fuese a sumergirse en una piscina.

—¡Adentro, Bill! —gritó, mientras volaba por el aire.

Bane comprendió que algo raro sucedía y saltó hacia atrás. Teia cayó casi sobre él y la agarró por los brazos. Ella, con increíble agilidad, se revolvió y, aún sin levantarse del todo, presionó una tecla.

La compuerta interior se cerró con seco chasquido. Algo golpeó la nave con fuerza indescriptible, haciéndola oscilar violentamente.

—¡Teia! ¿Qué sucede? —gritó Bane.

La muchacha hizo un esfuerzo para ponerse en pie.

—Vamos a la cámara de mando —dijo.

Era difícil moverse en el interior de una nave que se agitaba incesantemente, pero, al fin, consiguieron llegar a la cámara de mando. Entonces, a través de las lucernas, vieron un espectáculo increíble.

El submarino enemigo se hundía a plomo.

—Ya no hay supervivientes a bordo —dijo Teia.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido? —preguntó Bane, atónito.

—Reshan quiso traicionarnos, desconectando el tubo, pero olvidó un detalle muy importante: la compuerta inferior no podía cerrarse en tanto no estuviera cerrada la de nuestro submarino. De este modo, la desconexión se realizaba sin riesgo alguno.

—¿Y ahora?

—El agua ha penetrado en el interior de la nave, reventando de golpe todos los mamparos. La muerte de sus tripulantes ha resultado instantánea.

Bane contempló durante unos segundos el hundimiento de aquella extraña nave. Teia la calificaba de anticuada, pero el joven pensó que para sí quisiera una igual el almirante Shellytoe.

* * *

De pronto, dos días después, Teia lanzó una exclamación:

—¡Recibo señales de Wahaihoo!

—Eso significa que la ciudad vuelve a su sitio —dijo Bane.

—Sí. Estuve emitiendo todo el tiempo. Al fin, han recibido mis mensajes —contestó Teia, sonriente, con un brillo especial en los ojos.

Worcester y Dick entraron en la cámara.

—Parece que hay buenas noticias —dijo el primero.

—Así es, capitán. Pronto tendrá usted el placer de conocer nuestra ciudad —aseguró la muchacha.

—Será maravilloso, en efecto.

Las horas transcurrieron lentamente. Teia guiaba su nave hacia el lugar donde había estado emplazada primitivamente la ciudad, cuyo regreso se demoraría un tiempo, debido a su inferior velocidad. De pronto, cuando ya estaban casi en las inmediaciones de su punto de destino, Teia captó un eco en su pantalla.

—¿Qué es eso? —exclamó—. ¿Otra nave de Shnappovgr?

El eco era firme y sostenido, pero se mantenía inmóvil. Worcester, que ya iba conociendo el manejo de los aparatos de a bordo, se dio una fenomenal palmada en la frente.

—¡La bomba! —exclamó.

Bane se volvió hacia él.

—¿Una bomba?

—Sí. Teníamos dos y una de ellas se desprendió cuando nuestro barco fue hundido. Dispone de una espoleta batimétrica, que se activa a los diez mil quinientos metros...

—Está a diez mil cuatrocientos setenta —anunció Teia.

Hubo un momento de silencio. Luego, Teia añadió:

—Se halla situada sobre un risco, que no está a más de ochocientos metros del emplazamiento de Wahaihoo. Hemos de destruirla o el movimiento de las aguas, cuando llegue la ciudad, la hará saltar del risco y se producirá la explosión.

Teia manejó los controles, hasta situarse a unos doscientos metros de la bomba, ahora visible merced a las cámaras de televisión. Sí, allí estaba el cilindro, en un equilibrio muy poco estable, situado al borde de una cresta rocosa, de laderas muy empinadas, a poco más de doscientos metros sobre el trozo liso que iba a servir para el emplazamiento de la ciudad.

—No podemos correr el riesgo de moverla para sacarla de ahí —dijo Teia—. El risco saltará en pedazos y la ciudad deberá esperar algún tiempo antes de volver a su sitio, pero es la única solución posible.

Teia dio marcha atrás, sin dejar de tener la bomba en los detectores. A prudente distancia, disparó un pequeño torpedo.

Al mismo tiempo, viraba en redondo y se lanzaba hacia adelante a toda velocidad. Un minuto después, se produjo una terrorífica explosión. Las pantallas reflejaron con toda claridad el globo de fuego que se encendió a diez kilómetros y medio de profundidad, para convertirse luego en una enorme esfera de espumas que ascendía, deshaciéndose en miles de fragmentos, a toda velocidad.

Al cabo de un rato, las aguas se calmaron de nuevo. Teia respiró aliviada.

—El peligro ha pasado —anunció.

—No del todo. Aún tenemos que enfrentamos con el almirante Shellytoe —objetó Bane.

Teia le miró oblicuamente, a la vez que sonreía.

—Déjalo de mi cuenta, ¿quieres?

* * *

Teia guardó el secreto de su conversación con Juss-Odd, hasta que se encontraron en tierra firme. Dick escapó corriendo para reunirse con su mujer y sus hijos. Worcester se marchó a la capitanía

del puerto.

—Diré que el yate se hundió por una explosión interna, que no hubo supervivientes —manifestó al despedirse—. Tendré problemas, pero saldré adelante.

Teia sonrió.

—Capitán, si se ve en apuros, venga a vemos. Puede que le consigamos algún empleo —dijo

Luego, Bane y ella se quedaron a solas. Teia sacó entonces un extraño cinturón y lo sujetó en tomo a las caderas del joven.

—Cuando yo te lo indique, agárrame con una mano y aprieta este botón con la otra —dijo.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Dotter tenía una nave de apoyo, orbitando alrededor de la Tierra. Juss-Odd envió un mensaje. Dijo que era Dotter, que Wahaihoo había sido destruida y que se quedaba para investigar. La nave de apoyo se retirará, cuando reciba un segundo mensaje de Dotter, diciendo que se queda en el fondo del mar y que se va a autodestruir con todos sus tripulantes, al sentirse contaminados irremisiblemente.

—Pero eso no es cierto…

Teia sonrió.

—No, pero se lo creerán y ya no volverán a buscamos, para convertimos en sus esclavos —respondió.

* * *

El almirante Shellytoe puso el grito en el cielo cuando se enteró de las condiciones impuestas por Juss-Odd.

—Mi país no lo consentirá...

—No compartiremos nuestros secretos con una sola nación —dijo Teia firmemente—. La energía másica puede reportar inmensos beneficios a este planeta, pero no podemos permitir que sea utilizada solamente por un grupo de personas, de la clase que sea. Póngase en contacto con su Gobierno y hágalo saber así.

—Podemos destruir la ciudad...

—¿Les hemos atacado? ¿Hemos causado algún daño?

Shellytoe rezongó algo entre dientes.

—Yo no puedo tomar una decisión. Carezco de autoridad.

—Lo sabemos. Por eso mismo queremos que transmita nuestro mensaje.

Los ojos del almirante chispearon.

—Puedo ordenar que los encierren —dijo—. Y esta vez no habrá centinelas con escobas en lugar de fusiles ni vías de escape por las alcantarillas.

—¿De veras nos va arrestar, almirante?

—Es lo único que puedo hacer. Lo siento, pero no debo obrar de otra manera.

Teia se volvió hacia el joven.

—Bill, es hora de que me des la mano —dijo,

—Muy bien.

Los ojos de Teia se fijaron en el enrojecido rostro del marino.

—Almirante, sabemos que usted tiene ambiciones. Va a retirarse, para presentar su candidatura a presidente. Tiene buenos apoyos, pero ganará más votos si actúa como hombre que quiere la paz para todos los terrestres. Volveremos en otro momento a recibir su respuesta. ¡Ahora, Bill!

Súbitamente, sin saber cómo, Shellytoe se encontró solo en su despacho. Bane y la muchacha habían desaparecido como si fuesen fantasmas.

—Es increíble —dijo, mientras se pasaba una mano por la cara—. ¿Tendré que hacer lo que me piden?

Vaciló unos momentos. Luego, de pronto, tocó una tecla y dijo:

—Pida comunicación directa con Washington, es urgente.

En aquellos momentos, Bill y Teia reaparecían a la entrada de la cabaña. Bill se sentía pasmado del increíble viaje que habían realizado instantáneamente.

—Parece que tenéis algo más que la energía másica —dijo.

Teia sonrió dulcemente.

—Es un aparato de traslación instantánea —explicó—. Podríamos ir a cualquier parte del mundo en sólo unos segundos, pero prefiero quedarme aquí, por dos razones.

—¿Cuáles son?

—Primera, estoy segura de que el almirante hará lo que le he indicado. Segunda, en nuestro mundo, cuando una muchacha usa el cinturón de traslación instantánea al mismo tiempo que un hombre, significa que se considera su mujer.

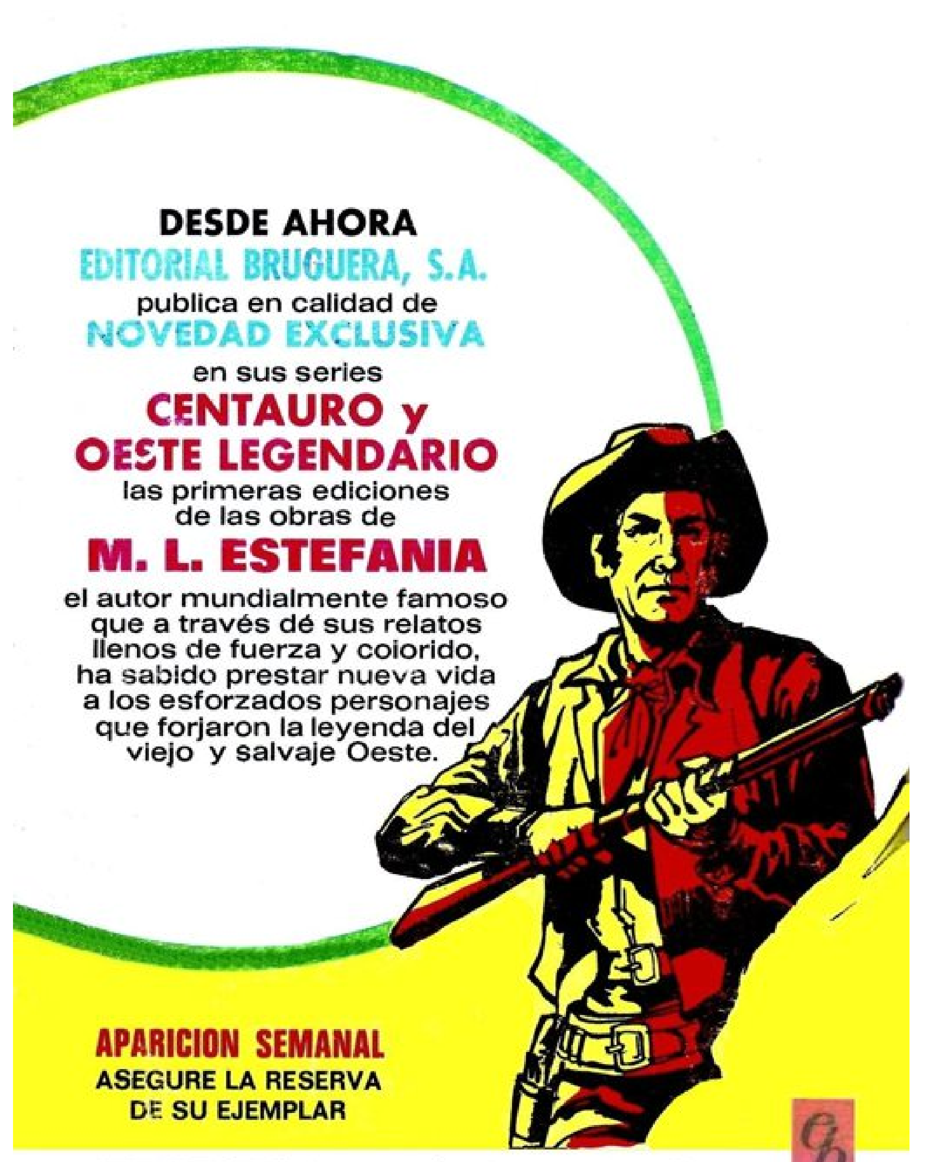
—O sea, que… según vuestras costumbres, ya estamos… casados —tartamudeó Bane.

—Sólo tienes que decir si y ya está. Si contestas negativamente, me volveré a Wahaihoo…

Bane agarró a la muchacha y la alzó en brazos, al pie de la veranda.

—No volverás a Wahaihoo. Te quedarás aquí, conmigo, para siempre —aseguró rotundamente.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.